

LA CARTERA CUBANA.

ABRIL DE 1840.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

Observaciones meteorológicas del mes de febrero de 1840.

MES de Feb.	BAROMETRO francés.			TERMOMETRO de Fahrenheit.			HIGROMETRO de Saussure.		
	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	7p. 575	7p. 69	7p. 72	73°	79°	75°	69°	6°	68° 50
2	77	75	75	74	79	85 75 50	71	64	70
3	81	75	76	71	50 70	50 68 2	76	77	76
4	79	77	81	65	75 68	50 68	77	74	77
5	82	75	80	67	75	50 70	66	50 58	67
6	80	75	80	69	50 76	50 73	70	66	71
7	82	75	77	71	77	50 75	72	67	73
8	80	75	73	73	78	5 74	73	64	75
9	77	68	70	71	50 76	74 20	67	61	68
10	75	70	75	71	50 6	50 75	67	55	66
11	75	7	80	68	50 71	50 70	61	52	60
12	83	7	83	70	74	75 72	60	52	62
13	87	8	88	70	5 75	75 72	50	54	60
14	90	87	92	79	10 77	74	66	53	64
15	88	8	85	72	76	73 25	64	57	63
16	83	80	83	71	50 75	50 8	8	58	66
17	85	77	80	70	75 78	50 74	66	58	67
18	80	70	81	71	5 79	50 74 75	67	60	68
19	82	76	83	72	50 79	75 50	68	58	66
20	81	75	80	72	80 79	7 76	68	60	67
21	83	81	82	73	50 78	75 75	10	63	65
22	80	75	78	72	50 78	10 75 75	68	2	60 68
23	77	7	72	72	73 77	50 75	67	0	67
24	68	6	72	73	75	74	75	9	81
25	75	7	74	72	5	50 73	50	73	74
26	76	7	75	72	25 78	50 75	5	70	75
27	80	75	80	73	50 79	50 76	74	65	75
28	85	75	82	75	80	50 76	8	69	76
29	81	75	76	76	80	75 76	72	68	73

NUBARRONES.—Con neblina muy fuerte, la mañana el 2.—I LOVIZNAS.
—El 2 á 10 de la noche y la mañana del 3 de cuando en cuando, el 11 á 5 y media de la tarde, el 16 por la mañana, el 21 en la tarde, el 2 á 8 y media de la noche.
—CHUBASCOS.—El 3 de cuando en cuando y el 4 id. casi todo el día el 24 de una de la mañana hasta el 25 á 10 de id. de cuando en cuando.—AGUACEROS.
—El 25 en la madrugada.

ESTADO DE HOSPITALES.

MES DE FEBRERO DE 1840.

ENFERMEDADES.

S. Juan de Dios.
S. Ambrosio. Presos. Particul. S. Franco de Paula.

MEDICINA.

Apoplejía.....	2	1	1	1
Parálisis.....	2	"	2	"
Epilepsia y convulsiones.....	"	"	"	"
Manía.....	"	"	1	"
Anginas.....	7	"	"	"
Gastritis agudas con fiebre.....	33	"	2	"
Idem crónicas.....	7	2	4	"
Fiebres intermitentes.....	7	"	13	2
Reumatismos.....	37	7	11	"
Bronquitis.....	20	7	29	"
Hemoptisis.....	5	"	"	"
Neumonitis crónica.....	2	1	10	7
Asma.....	"	1	"	"
Afectos del corazón.....	9	"	"	"
Colitis nerviosa.....	3	"	1	"
Idem diarreica.....	6	"	6	"
Idem disenterica.....	3	1	1	"
Ostrucciones.....	19	"	3	"
Nefritis simples.....	13	"	"	"
Péritonitis.....	5	"	"	"
Sífilis y dolores osteocopos.....	27	"	"	5
Hidropeasias.....	14	1	"	"
Escorbuto.....	3	"	"	"
Viruelas.....	1	6	2	"
Varicelas.....	"	8	"	"

CIRUGIA.

Contusiones.....	11	"	1	"
Fracturas.....	2	"	"	"
Dislocaciones.....	2	2	1	"
Quemaduras.....	2	"	"	"
Heridas de armas blancas.....	1	8	1	1
Idem de fuego.....	1	"	"	"
Tumores simples.....	6	2	1	"
Bubones.....	29	2	4	"
Fimosis y paraquimosis.....	22	"	"	"
Uretritis.....	17	2	2	"
Estrecheces de la uretra.....	8	"	"	"
Catarros vexiales.....	5	"	"	"
Hidroceles.....	4	"	"	"
Sarcocoe es.....	3	"	1	"
Hemorroides.....	4	"	"	"
Fistulas.....	3	2	"	"
Hernias.....	2	"	"	"
Ulceras y pústulas venéreas.....	15	4	5	3
Idem simples.....	1	8	8	"
Ercciones sarnosas y herpéticas.....	26	1	7	"
Oftalmías agudas.....	55	2	"	"
Escrófulas.....	6	1	"	"
Erisipelas.....	"	3	10	3

Totales..... 447 75 115 22

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1º de febrero de 1840.....	396	}	843
Entraron en dicho mes.....	447		
Se curaron.....	493	}	499
Fallecieron.....	6		

Quedaron para 1º de marzo de 1840.....344

La mortandad estuvo á razon de 0, 71 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1º de febrero.....	269	}	456
Entraron en dicho mes.....	187		
Se curaron.....	163	}	196
Fallecieron.....	33		

Quedaron para 1º de marzo.....260

La mortandad estuvo á razon de 7, 24 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1º de febrero.....	124	}	146
Entraron en dicho mes.....	22		
Se curaron.....	9	}	20
Fallecieron.....	11		

Quedaron para 1º de marzo.....126

La mortandad estuvo á razon de 7, 53 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en febrero de 1840 reinaron las enfermedades siguientes: el orden en que se colocan, indica su mayor ó menor predominio.

AFECCIONES CATARRALES.—REUMATISMOS.—GASTRITIS AGUDAS.—
ERUPCIONES.

Observaciones prácticas.

Durante este mes han reinado las enfermedades propias de la estación, sin que se haya advertido ningún fenómeno notable en su principio ni en su desarrollo.

Los males nerviosos que predominaron en enero, y con especialidad en los niños, se van calmando; pero los ataques apoplécticos aun continúan.

Aunque no falten fiebres intermitentes, ha desaparecido su tendencia perniciosa.

Se han enterrado en el cementerio general en febrero de 1840:

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.....	102	50
De color.....	103	85
Sumas parciales.....	205	115
Total general.....	320	

CIRUGIA.

Curacion del colon totalmente dividido.

Gregorio—criollo—como de 27 años de edad, de regular estatura, musculacion bastante desenvuelta, esclavo de doña Concepcion Rodriguez Marrero, se infirió entre una y dos de la tarde del 23 de diciembre próximo pasado con un instrumento cortante y punzante, de cuya dimension no estoy seguro, dos heridas en el abdómen: la una situada á cuatro dedos sobre el anillo umbilical y á una pulgada de la línea alba hácia el lado derecho, y la otra,

á tres dedos de distancia inclinada al lado izquierdo; pero que uno de sus ángulos partía de la misma línea alba: ambas eran de figura transversal. La primera daba paso á una porcion considerable de intestinos gruesos entre los cuales se encontraba la del colon ascendente, dividido totalmente al través, y prolongándose la incision hasta el mesenterio como media pulgada debajo del intestino: la segunda, tambien dió paso á otra pequeña porcion de intestinos delgados ó tenues; pero nada lastimados. Se me llamó por un comisario de barrio para la cura de primera intension y se procedió á la sutura del modo siguiente.

Se tomaron los extremos del intestino y pasándolos entre los dedos pulgar é índice, bajo una presion moderada, se estrajo la sangre suelta y coagulada que contenían, y todo cuanto fué posible se aproximaron las dichas estremidades, teniendo cuidado que correspondiesen entre sí las túnicas mucosa, muscular y serosa, y tomando una aguja de las que denominan de olan enhebrada en seda, puesto el índice de la mano izquierda bajo los labios, apoyados estos con el pulgar para facilitar la costura, se le hizo la de pelleró por encima, apretando el punto lo conveniente para unirlos bien á la distancia de dos ó tres líneas uno de otro, continuándola al rededor de todo él, y dejando la estremidad de la seda que se creyó suficiente para que quedase fuera de la herida: hecho esto se procedió á la reduccion de los intestinos, confiando la indicada estremidad ó hilo, á uno de los concurrentes; pero al pasar la parte suturada, por un descuido del que sostenía el hilo, se corrió y fué al vientre sin que se pudiese después haberle: en fin, se redujeron todos los intestinos y se hizo igual sutura en la herida; pero con puntos mas distantes para dejar salida á la sangre estravasada, y se curó por el método ordinario. En la otra herida no se hizo mas que la reduccion y la sutura como la anterior. Se advierte que estuvo en la calle sin sentido, como media hora antes de curarle.

Método.—Dos ó tres tazas de agua de cebada azucarada al dia por todo alimento y bebida, y aceite pildorado al vientre por la noche. El enfermo fué confiado al cuidado del doctor don José Carbonell, médico del hospital de caridad de esta villa á donde se condujo al enfermo para la curacion, y siguió el mismo régimen: solo empleó además una mezcla de miel de avejís, yema de huevo y aceite de trementina para curacion de la herida después que se levantó el apósito. Al noveno dia evacuó con una enema emoliente que se le puso; y perservero con el agua de cebada azucarada por espacio de

veinte y nueve ó treinta dias que se le permitió tomar caldo y luego sopa, gozando hoy de perfecta salud y robustez. Segun el dicho del enfermo, la primera noche se estuvo acostado en el suelo por que sentía mucho calor.

El método empleado en la sutura, es el mismo casi de Lapeyronie: se diferencia en que él aconseja poner en la cavidad de uno y otro intestino, un pedazo de traquearteria ó naipe y hacer sobre ellos la sutura, cuyos cuerpos se arrojan luego por el ano cuando se han desprendido; pero en el caso presente no hay ese cuerpo extraño que fuese necesario arrojar. El hilo que se fué en el intestino no he podido averiguar si se arrojó por el ano: lo cierto es que el enfermo no tuvo peritonitis ni sintoma alarmante de inflamacion ni aun en los primeros dias, y su salud es tan completa que no está sujeto á cólicos ni evacuaciones y sus digestiones son buenas.

Observaciones.—De este hecho pueden deducirse las siguientes:

1.^a Que debe siempre intentarse la union.

2.^a Que puede preferirse la sutura del modo con que se hizo en esta, por su sencillez; y que no siendo necesario el uso del carton, naipe, traquiarteria, doblés del extremo del intestino ó la introduccion del uno en el otro &c., operaciones que siempre exitan el órgano, estará menos espuesto á inflamacion y á provocarse por aquel medio la peritonitis, siempre temible y mucho mas en estos casos.

3.^a La seda en este caso, no pudo averiguarse si salió por el ano, pero si no sucedió, está visto que no es un agente tan estimulante, porqué el enfermo no padece ningun síntoma de los que con frecuencia suceden á estas heridas, aun sin la presencia de un cuerpo extraño; sino que por lo regular son efecto de la estrechez que naturalmente forma la cicatriz.

4.^a El ano artificial, debe desecharse por molesto é incómodo al paciente, y porqué la vida de estos, en general es de corta duracion, que á lo mas se estiende á 2 ó 3 años, segun nos enseña la esperiencia.

5.^a En fin: la abstinencia casi absoluta ha sido un medio no solo preservativo para los ataques ó síntomas inflamatorios, sino tambien para la mas pronta curacion, puesto que impide el frecuente paso de las heces escrementicias por el punto de la cortadura, y la accion del órgano para este efecto. Este caso hará conocer á los incrédulos de la dieta, que es necesaria para la curacion de las afecciones en general, y en particular para las de esta clase, porqué si en este caso se hubiese dado alimento al enfermo, habría muerto indefectiblemente.—*Juan José Rosell.*

(Primer artículo.)

HISTORIA.

Algunos autores miran á la frenología como el sistema mas perfecto de Sicología que hasta ahora haya concebido el entendimiento humano; pero Gall, fundador de esta ciencia, considerando que una serie de observaciones sobre hechos irrecusables fué su origen, no dió de ella una definicion que pudiese suponerla fundada en teorías hipotéticas, y así dijo que era *la fisiología del cerebro*.

Una nueva ciencia, cuya doctrina es tan vasta y que tan de cerca toca los intereses y afectos de los hombres, ha debido encontrar terribles oposiciones, no tan solo de parte de ignorantes presumidos, sino tambien de algunas personas instruidas que por desgracia no siempre esponen sus objeciones con la idea de indagar la verdad. Los primeros, que por lo regular son los que hablan con mas arrogancia, *sin duda para suplir con ella la falta del saber*, no hacen sino guiarse por un espíritu de contradiccion, ó bien ofuscados por los artificios con que adornan otros sus raciocinios, esclaman con tono doctoral y absoluto: *¿Quién cree en la frenología!* y quedan tan satisfechos que se persuaden haber destruido con cinco palabras un sistema que costó á Gall setenta y cuatro años de una vida laboriosa. Los segundos, serían mas temibles si no supiésemos que muchos se creen obligados por su propio interés á desechar una doctrina que no tan solo destruye los principios que por muchos años tuvieron por verdaderos, sino que sería preciso fuesen del todo imparciales para confesar su falsedad. En efecto, un profesor que por largo tiempo ha enseñado teorías fundadas en bases que creía ciertas, no se aviene de buena gana á ver destruida en un momento la reputacion de sabio que adquiriera á fuerza de rudos trabajos y penosas vigiliass; difícil, si no imposible, sería que este maestro declarase á la faz del mundo lo erróneo de los principios que había explicado á sus discípulos, abdicando así sus pretensiones al conocimiento de las ciencias que tendrían que estudiar de nuevo. *¿Habrá argumentos bastante eficaces para persuadirle, ó podrían nunca vencerle de su ignorancia?*

De aquí resulta que aquellos que por su posición debieran examinar los nuevos descubrimientos para propagarlos por cuantos medios estén á su alcance, son precisamente los que menos desean su triunfo; y si acaso se imponen de ellos, no es por lo común sino con la mira de encontrar aparentes dificultades que oponerles, sin avergonzarse de emplear á menudo sutilezas miserables para sostener preocupaciones que amenazan ruina.

Es cierto, y cosa digna de notarse, que mientras mas importantes y grandiosos son los descubrimientos que se hacen, mientras mas útiles sus aplicaciones, mayores dificultades se encuentran para establecerlos: cuando el célebre Colon afirmó la existencia de un nuevo mundo, luchó por mas de siete años contra la increíble ignorancia de su siglo, comunicando su inmortal pensamiento á casi todas las Cortes de Europa donde le miraban como un insensato, hasta que los conquistadores del reino de Granada, Isabel y Fernando, le equiparon tres miserables naves; muy distantes de creer que á vuelta de viaje, el que entonces era considerado como *visionario*, sería el héroe del universo.—Así, Gall, después de largos años de profundas meditaciones y de haber combatido obstáculos inmensos, dió á luz el fruto de sus trabajos, que no encontró menos escépticos; con esta diferencia, sin embargo, que el descubrimiento de las Américas ya hecho, era de fácil demostracion para todo el mundo, mientras que la frenología necesita del estudio para ser comprendida.—Al pensar sobre el origen de estos hechos, que hacen época en la historia de las ciencias, no podemos sino admirarnos del partido que sacan los grandes hombres de las circunstancias más pequeñas; Newton, por una pera que cayó de un árbol á sus piés, concibe la gran teoría de la atraccion; Pitágoras, por el ruido de tres martillazos en una herrería, crea la acústica; Galileo, por los movimientos de una lámpara colgada, descubre el isocronismo; Cristóbal Colon, por noticias que tuvo, segun dicen, de un marino que murió en su casa á la vuelta de un largo y penoso viaje en que las tempestades le arrojaron á tierras desconocidas, comprende la posibilidad de otro mundo, que después confirma y descubre; la pólvora, la frenología y mil descubrimientos importantes no han tenido otros principios. Hoy podemos convencernos de la evidencia de estos hechos; mas subamos á la fuente y veremos que lo que ahora nos parece tan inconcuso, encontró en su origen la mas obstinada oposición, y lo que es mas doloroso aun, estos hombres, admiracion de la posteridad, fueron ridiculizados por sus con-

temporaneos y algunas veces víctimas de las persecuciones mas atroces: consuélanos, emperó, los respetos que les tributan los sabios que imparcialmente juzgan después sus producciones.

Pero el hombre privilegiado; aquel que por sus observaciones, experiencias y asiduidad en el estudio llega á descubrir una serie de verdades irrecusables, desprecia y busca con ahinco las dificultades para vencerlas; cada duda que resuelve es un obstáculo menos, cada objecion que destruye, un paso mas hácia la íntima conviccion que necesariamente ha de tener para arrostrar todo el orgullo de las doctrinas reinantes, y presentar la verdad, pura y limpia, tal cual es.

Si algunas personas, temerosas de la influencia que pueda tener un descubrimiento de esta naturaleza sobre las ideas recibidas, declaman contra él, no hay duda que harían muy sospechosa la veracidad de sus principios: la verdad nada teme, nada le resiste; y como indudablemente ha de salir al fin vencedora, los escritores públicos que gratuitamente le suponen perniciosas consecuencias, causan un grave mal á sus semejantes no reconociéndola: por otra parte ¿no es impío y absurdo sostener principios fundados en bases falsas, comprometiendo el bienestar de la especie humana, solo por que durante muchos años imperaron esclusivamente?—Dejemos, pues, á un lado la torpe presuncion de los que sin tomarse la pena de estudiar, y sin tener la mas leve nocion de esta ciencia; tienen por mas fácil fallar en contra que instruirse en ella: con tan presuntuosa suficiencia solo consiguen ridiculizarse á los ojos de todo el mundo. No son menos ridículos aquellos que por un raro temor, ó por una reservá interesada, temen dár su parecer sobre la parte mas esencial de esta doctrina, lo incontestable de los hechos; y que no pudiendo negar ni rehusar la admision de los principios que de ellos se deducen, no se atreven contra la esperiencia, pero suspenden con afectada modestia su decision definitiva.—Permítasenos sin embargo responder á aquellos, que la frenología no es una creencia que exige la fé de los misterios religiosos, antes al contrario, clama por el estudio para convencer segun las reglas de una lógica severa; y á estos, que es una ciencia fundada en verdades incontestables, bases sólidas contra las que van á estrellarse la crítica, los sarcamos y los tiros malignos de sus detractores, que después de haber luchado medio siglo contra las preocupaciones, la ignorancia y la mala fé, ha sido reconocida por sabios profundos en la materia, y que sus principios se hallan hoy públicamente profesados en las naciones mas cultas.

El fundador de esta ciencia, F. J. Gall, vivía en el seno de su familia con sus hermanos, amigos y discípulos: acostumbrado á observar desde su mas tierna infancia, notó que los unos se distinguían de los otros por disposiciones y facultades particulares, que determinaban las relaciones que habia entre ellos con la franqueza de la niñez. La notable diferencia de sus disposiciones correspondía tambien á sus adelantos é inclinaciones; algunos sobresalían en el dibujo, en la música ó en la escritura; otros en las matemáticas, en la geografía ó en la historia; muchos por la facilidad en aprender las lenguas antiguas y modernas; las composiciones de este brillaban por la elegancia de los períodos, mientras que el estilo de aquel era duro, terso y afectado; el uno raciocinaba con precision y presentaba sus argumentos con una lógica seductora, en tanto que el otro divagaba y no podía coordinar sus ideas: tal se dedicaba al cultivo de un jardin cuando sus camaradas se abandonaban al retozo, corriendo uno los bosques, otro cazando, aquel cogiendo flores ó insectos, ó nidos de pájaros: así, cada uno se diferenciaba por el carácter que le era propio, y cualquiera podrá notar otro tanto, pues estas observaciones están al alcance de todo el mundo. Pero de los discípulos de Gall, los que menos le agradaban, eran los dotados de tan feliz memoria que en los exámenes obtenían los premios que él creía merecer, por sus composiciones; y como después que mudó de residencia tuvo que luchar de nuevo con individuos dotados de igual facilidad, entonces notó que en los ojos saltones se parecían á sus antiguos rivales.

Así cuando entró en la universidad, dos años mas tarde, su primer cuidado fué reparar en esta conformacion de ojos, y siempre le ponderaban la excelente memoria de los que la tenían, bien que en muchas clases no fueran los primeros, aventajándose unicamente cuando se ofrecía recitar algo de coro. Habiendo confirmado esta observacion con un crecido número de hechos, debió temer encontrar en todas las personas, una memoria proporcionada á la salida de los ojos; y aunque en aquella época la relacion de un talento con su signo exterior no estuviese bastante comprobada para deducir una conclusion filosófica; no pudiendo suponer la coincidencia de estas dos circunstancias como puramente casual, principió á creer que debía existir entre ellas alguna conexion. Dado este paso y convencido de su importancia, entró como hombre circunspecto en el vasto campo que se ofrecía á su espíritu investigador, y sus observaciones le llevaron hasta inferir que si la memoria se re-

conocía por signos exteriores, podía muy bien suceder lo mismo con las demás facultades intelectuales. Deseoso de comprobar su aserto, todas las personas que se distinguían por cualidades superiores ó por un talento notable, eran el objeto de su estudio, y su cabeza el de un exámen particular, al que gustosamente todos se prestaban. Así fué como llegó á descubrir en los grandes pintores, músicos y mecánicos, formas exteriores, muy pronunciadas, que correspondían en todo á su respectiva profesion.

Entre tanto había principiado el estudio de la medecina, y como nada le enseñaba sobre las funciones del cerebro ni de las partes que le componen; vió que todo estaba por hacer: ansiando encontrar alguna analogía con sus primeras observaciones, no consiguió de sus estudios mas que sospechar lo que después ha probado hasta la evidencia; *que las diferentes configuraciones de la cabeza dependían de las diversas formas del cerebro*, sin que nunca le pasara por la imaginacion, segun han dicho falsamente los interesados en denigrar su sistema, que la causa de los sentimientos morales y de las facultades intelectuales, estuvieran en tal ó cual hueso del cráneo, puesto que la masa encefálica solo le parecía ser el asiento de los unos y de las otras.—Seguía sus observaciones estimulado por la esperanza de conocer las funciones del órgano mas perfecto que debamos al creador, y de determinar la relacion de los signos exteriores con las facultades que parecían designar; pero el desórden extraordinario de las opiniones filosóficas le opuso estorbos imprevistos que fué preciso destruir antes de pasar adelante.

Los filósofos aseguran, decía Gall, que todas nuestras facultades provienen de las sensaciones que recibimos: que los hombres nacen con las mismas disposiciones, dotados igualmente de las cualidades esenciales de la naturaleza, y que las diferencias que en ellos se notan son debidas á la educacion y á la influencia de causas accidentales, posteriores al nacimiento.—Siendo esto así, era imposible que existiesen signos exteriores de ninguna facultad, y por consiguiente, debía ser ilusorio el proyecto de conocer por ellos las funciones de las diversas partes del cerebro. Pero volviendo á sus primeras observaciones, recordó que sus hermanos y discípulos, á pesar de haber tenido la misma educacion, de haber vivido rodeados de las mismas circunstancias, y recibido impresiones análogas; mostraban un carácter distinto, sobre el cual la influencia de estas cosas era muy limitada. Por otra parte, veía que muchos de los que mas atendían y por quienes en particular se esme-

taban los maestros prodigándoles una enseñanza mas prolija, eran aventajados sin dificultad por sus camaradas que estudiaban menos y eran peor atendidos, pero que tenían mas capacidad. Los profesores se quejaban á menudo y los reprendían por falta de voluntad ó afición al estudio; contándose algunos, que á pesar de los mas vivos deseos y de los esfuerzos mas obstinados, no alcanzaban la medianía en ciertas clases, mientras que en otras sobresalían sin ningun trabajo, y casi sin apercibirse de sus adelantos. Tambien es verdad que sus maestros no daban mucha fé al sistema de la igualdad de facultades intelectuales, puesto que se creían autorizados á exigir mas de este y menos de aquel, y al hablarles de los dones naturales y de los dones de Dios, los animaban segun el espíritu del evangelio, diciéndoles que no tendrían que dar cuenta sino en razon de las disposiciones que habían recibido.

Esto es palpable, y podemos confirmarlo fácilmente por nosotros mismos: entremos en el interior de una familia cuyos miembros viven bajo la influencia de las mismas circunstancias, y examinemos uno por uno los individuos que la componen: veremos que tan grande es la diferencia que entre ellos hay. El hijo mayor, lleno de orgullo y presuncion porqué la suerte le cupo de nacer antes que los otros, tiene la manía de imitar todas las acciones que vé en los que verdaderamente son superiores, para darse el tono de la supremacía que pretende; desprecia á sus camaradas, jamás está contento sino cuando satisface su orgullo alguna lisonja, que las mas veces no es sino una burla, pero que recibe sin conocerla, y gracias si algunas ocasiones se digna dirigir la palabra á sus hermanos, que entonces toma un aire de proteccion, verdaderamente risible: el segundo por el contrario, es amable, se complace en las diversiones domésticas, es obediente, dócil, y trata siempre de agradar por su buena índole: una hermana es hacendosa, amiga de entender en el arreglo de la casa, tiene buen corazon, le gusta criar animalitos y llora cuando mueren: otra, coqueta y presumida, no piensa sino en modisturas, es orgullosa, engreida, vana, envidiosa, y aunque en extremo puntual en los ritos de la religion, se complace en chismes y enredos, destruyendo así la tranquilidad de sus compañeras: por otro estilo la tercera, que no hace sino leer novelas, estudiar la música, y con pretensiones de instruida, no atiende á la costura, abandona las ocupaciones domésticas, no se ocupa sino de las proezas de los héroes y de sus romances, es de genio triste y melancólico: y en fin, un hermanito es pende-

ciero y atrevido, enemigo de aprender, gefe en las maldades de sus compañeros, jugando á los ejercicios militares y destruyendo todo lo que encuentra. Todos estos individuos viven del mismo modo, tienen los mismos ejemplos á la vista, la educacion, las relaciones, los alimentos, la instruccion, los recreos, todo es igual en ellos, y sin embargo, ¡cuánta diferencia! ¿Por ventura, el *yo*, el *pensar* y *querer*, ó la *inteligencia*, la *sensibilidad* y la *actividad* engendran estas distintas facultades y caracteres? No son innatas?

Mas pasemos á un colegio: los discípulos viven todos bajo la direccion de un plan uniforme de enseñanza, de alimentos y conducta; á pesar de esto, ¿qué institutor sostendrá que con todos consigue resultados iguales? Se verán algunos aplicados y estudiosos, otros juguetones, pero obedientes; aquel atrevido y desvergonzado, á quien las correcciones no enmiendan, aunque estrictamente observado corrompe las costumbres de sus compañeros y desordena el establecimiento; este mentiroso, pérfido, insensible á las distinciones, es envidioso y desaplicado; no faltan rateros que roban libros, papel y plumas &c.; y entre los aplicados se verá que uno sobresale en el estudio de la historia, otro en la literatura, aquel en las matemáticas, y este en la historia y en la geografía. Subamos aun mas y examinemos una reunion de hombres ilustres, y veremos que se distinguen en diversos géneros; los unos como matemáticos, los otros como oradores, quienes como astrónomos y quienes como dramáticos. Entremos en la historia y veremos á Homero padre de la poesía, Herodoto de la historia; Alejandro, gran general en la flor de su edad; Demóstenes, gran orador, valiente en la tribuna, cobarde en el campo de batalla; Neron, cruel y sanguinario en el trono imperial; Tito, virtuoso y padre de sus súbditos; Vitelio, insaciable en la comida; Cook, gran náutico; Rafael inimitable en su arte; Maiquez, superior en el suyo; Moratin, en lo cómico; Racine en lo trágico: y en fin, tantos y tan grandes hombres como nos enseña la historia, que en tan diversas y distintas cosas han sobresalido. ¿Cuales son pues las facultades del hombre? se decía Gall. ¿Seran aquellos sus instintos, sus inclinaciones y aptitudes, y no las que enseñan los filósofos que estudian en el gabinete y nos venden sus ilusiones por los hechos de la naturaleza?

Deseoso de alcanzar la verdad, su espíritu observador no se limitó solo al exámen de nuestra especie. Aficionado á los animales domésticos, de los que tenía una infinidad, notó que las diferencias porqué se distinguen los de una misma clase, eran seme-

jantes á las que ya había reparado en los hombres: un perro era naturalmente hábil en la jauría, mientras otro de la misma raza no podía serlo sino con dificultad; algunos se perdían fácilmente aunque fuese á corta distancia de su morada, y otros bien que mas pequeños, volvían de los lugares mas lejanos; un pájaro escuchaba con atencion la música que le enseñaban y pronto la aprendía, cuando otro del mismo nido, criado y cuidado del mismo modo, nunca salía de su canto natural; tal palomo era fiel á su compañera á pesar de los ensayos que hacía para que se anidase con otra, y no faltaban entre ellos algunos que iban de palomar en palomar introduciendo el desórden en casas ajenas; la araña que apenas salida del huevo teje su tela y se precipita sobre las moscas que en ella se enredan; la abeja, que antes de salir al campo la primera vez, se eleva y da vueltas al rededor de su panal para reconocer el sitio en que está; la tortuga, que arrastrando su concha se encamina directamente al agua mas cercana; el ave que construye su nido; el castor su cabaña; el mono, que pela y limpia las frutas para comerlas; la ardilla, que abre las avellanas por la estremidad puntiaguda; el cerdo, que hambriento come lo primero que halla; el huron, que se enfurece á la vista del primer conejo que vé, quien por su parte reconoce en él á su mortal enemigo la primera vez tambien que se le presenta. En todos estos casos, y en infinidad de otros, no podía alegar la falta de voluntad, ni la educacion; todos estos animales obraban así, sin calcular que estos procederes fuesen el resultado de sus inclinaciones, ó necesarios á su conservacion.

La naturaleza es la que ha unido íntimamente este conocimiento á su organizacion, y todo lo que en ella pasa, no es otra cosa sino una combinacion producida y calcula la sobre el mundo exterior para la conservacion del animal, organizado como el hombre para sentir la cólera, el odio, la pena, el dolor, el miedo, la envidia, &c., y esto, porqué hay cosas y acontecimientos que deben producir tales efectos.

Este plan de la naturaleza se presenta por todas partes con tanta evidencia, que sería imposible ponerle en duda; tambien es imposible no admitir, segun esto, que las disposiciones fundamentales de las propiedades del hombre y de los animales sean innatas, y que la actividad y la manifestacion de estas facultades se determine por la organizacion.—Por disposiciones innatas, dice Gall, no debe entenderse mas que *instintos, inclinaciones, facultades y talentos determinados*.

Convencido así, por estas observaciones, de la diferencia racional y constitucional de las diversas inclinaciones y disposiciones del hombre, tuvo que luchar como hemos indicado, con las ideas recibidas: así, en lugar de las disposiciones para el dibujo, la música, la mecánica, que ya había observado en individuos dotados de ellas, los metafísicos no hablaban sino de facultades generales como la percepción, la memoria y la imaginación; si quería determinar la exactitud de las doctrinas psicológicas, y descubrir por su estudio el lugar que en nuestro cuerpo ocupa el espíritu, cuanto mas se afanaba en descubrirle, mas se internaba en un oscuro laberinto donde las perplejidades llegaban á su colmo y las dificultades parecían casi insuperables. En este choque continuo de los hechos con las preocupaciones, no sabía que partido tomar; temeroso de engañarse á sí mismo, interrogaba su propia conciencia para saber si alguna inclinación oculta, que no fuese digna de la ciencia que le ocupaba, guiaba sus pasos en las observaciones á que se había dedicado; indecisiones sin número le combatieron algún tiempo, pero juiciosamente abandonó añejas y defectuosas teorías, y se entregó al estudio de la naturaleza. Entonces conoció que solo el imperio de la razón debía ser proclamado, y se sujetó á él; dejó á las creencias sus dogmas y misterios, que nunca tuvo la pretension de tocar en lo mas mínimo; y al estudiar las funciones de los órganos encefálicos, se limitó á lo que puede comprender el hombre con la ayuda de los sentidos y por la inducción de los hechos, únicos medios de que puede valerse para alcanzar la verdad.

Penetrado de estas ideas, y convencido de que sin pruebas visibles, palpables, le sería imposible militar victoriosamente contra las prevenciones, preocupaciones y doctrinas contrarias, que por todas partes se oponían á sus descubrimientos; pensó en coordinarlas y hacer un sistema; tendencia de todos los talentos privilegiados. De este modo pudo separar, unir, ordenar los hechos que había verificado, y seguir con mas fruto su carrera.—Como amigo del Doctor Nord, médico del hospital de locos de Viena, tuvo ocasión de ejercitar su espíritu investigador en los dementes: en otras partes recogía hechos innumerables, estudiando la organización de muchos hombres, ya notables por sus disposiciones, ya porque eran en extremo limitados, y comparándolas, determinaba mejor las diferencias de la una á la otra; visitaba los establecimientos de instrucción pública, los de beneficencia para los huérfanos y espósi-

tos, las casas de correccion y las prisiones; asistía á los interrogatorios judiciales, y no despreciaba ir hasta los piés del cadalso para examinar los delincuentes; multiplicaba sus observaciones en los suicidas, en los imbéciles, raquíticos, idiotas y dementes; iba á los gabinetes de historia natural, de anatomía y de fisiología; en fin, confrontaba las estatuas y bustos antiguos con la historia. A fuerza de investigaciones, y de haber empleado tantos y tan diversos medios de observar, no temió ni el peligro supuesto ni las necias reconvenciones que pudieran hacerle por declarar que las facultades intelectuales se indicaban en las configuraciones particulares de la cabeza.

Las observaciones fisonómicas fueron las únicas que al principio usó para descubrir las funciones del cerebro, y así debía ser pues que este es el orden natural de las cosas; mas pronto se convenció de que el estudio de la anatomía no podía separarse del de la fisiología, y que no le basta al hombre examinarse á sí mismo y á los otros en la salud, sino que es preciso observarle desde el estado de embrión, seguirle cuando nace y los instintos se manifiestan por las necesidades que experimenta, y cuando crece y se desenvuelven las inclinaciones, desarrollándose la inteligencia, que después perfecciona la reflexion; y cuando algunas circunstancias, como las enfermedades, el sueño, el cansancio, interrumpen el ejercicio de sus funciones, y no puede observarse él mismo; compararle en seguida con los animales, viéndole al principiar su existencia vivir como los zoófitos, elevarse por grados hasta su nacimiento, época en que se pone en relacion con el mundo exterior, en que posee cuanto mas perfecto tienen los mamíferos, pero de lo que no sabe ni puede hacer uso; notándose después su preeminencia sobre los otros animales, que no consiste en los sentidos, porque los herbívoros tienen mejor olfato, las aves mejor vista; ni en los instintos que en estos son mas pronunciados; pero sí en los sentimientos, que apenas percibidos en los reptiles, crecen en las aves y en los mamíferos, y alcanzan la perfeccion en el hombre; y en fin las facultades intelectuales que tanto le ennoblecen dándole á conocer su dignidad y su excelencia.



SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

Filósofos y Críticos Franceses

HASTA EL SIGLO VIII.

Fenelon—Francisco de Salignae de la Motte de—nació en Fenelon de Querey 1651, y murió de una pulmonía en 1715: su estilo es elegante, armonioso y siempre adecuado al sujeto; con todo no tiene mucha precision y á las veces es algo cansado. Los *Diálogos de los muertos*, la *Dirección de la conciencia de los reyes*, y el *Compendio de la vida de los antiguos filósofos*, fueron hechos para la educación del príncipe segun y como lo creía necesario. El *Tratado de la educación de las niñas*, tuvo por fin curar la monomanía jeteraria de las mujeres de su siglo; y el *Tratado del ministerio de los pastores* le escribió tambien quando era superior de las *nuevas católicas*: hizo otras obras muy estimadas, á saber: la *Demostración de la existancia de Dios por las pruebas de la naturaleza*, sus *cartas sobre diversas materias*, y un *proyecto* sobre el tratado de la historia.

Vista una vez la fisonomía de este filósofo, nunca mas se olvidaba: lucía en sus ojos el juego del ingenio; y resplandecía en sus facciones el vigor que le animaba: se veía en ella, al doctor, al obispo y al gran señor: en toda su persona se traslucían la finura, las gracias y sobre todo la nobleza y la mas fina educación: quando se veía, daba pena dejarle de mirar. Sus modales eran hijos de

buen gusto y de la naturaleza; estremada su política; su elocuencia natural, florida y dulce; sencillo en sus palabras, nunca aparentó saber mas que los otros. De resultas de sus discusiones con Bossuet perdió el favor real, conservando todos sus amigos; los que aun después de muerto se reunían para llorarle.

Montesquieu.—Carlos de Secondat, baron de la Bréde y de— nació en aquel castillo cerca de Burdeos 1682. De vuelta á su patria dió la última mano en su castillo á las *Causas de la grandeza y decadencia de los romanos*, 1734, la que contiene pinceladas muy luminosas: su estilo corresponde á la dignidad de la materia, y es una obra completa en todas sus partes. Nunca un ingenio reunió en tan estrechos límites, tantos conocimientos, tanta política, observaciones tan luminosas y rasgos de una razon tan grande y superior como la suya. En 1748 publicó su *Espíritu de las leyes*, obra mas vasta que la anterior y que debía llamarse de las *Naciones*; en la cual aunque no se halle un encadenamiento perfecto, el autor nunca se separa de su fin grandioso. Divide el gobierno, en republicano, democrático, monárquico y despótico; y fué el primero tal vez en Francia que habló de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. Se atiene demasiado á las causas físicas comparativamente á las morales, dice paradojas como verdades asentadas, y trae ejemplos de cuya exactitud puede dudarse, como el de los salvajes de la Luisiana en aquella preciosa comparacion del gobierno despótico: Montesquieu en su *defensa* de esta obra á críticas injustas, hace á sus adversarios ridículos y odiosos. Sus demás obras son: los *fragmentos sobre el buen gusto*, el *diálogo de Eucrates y Sila*, el *discurso de recepcion* á la academia francesa, *miscelaneas* y algunas obras póstumas.

Fué tan amable en la sociedad como grande en sus obras: de dulzura, buen humor y política inalterables: su conversacion ligera é instructiva. Murió en 1755.

Fontenelle.—Bernardo le Bovier de— nació en Ruen 1657, y murió en 1757. Ni la ambicion, ni la vanidad, ni el odio, ni los celos, ni el mismo amor, en él se hallaban. Ningun literato gozó jamás de tan grande y universal opinion, debida tanto á su conducta como á sus obras. Le han atribuido injustamente algunas por las que quieren hacerle poco religioso, como la *relacion de la isla de Borneo*; un *tratado sobre la libertad* entre Mero y Enégu (Roma y Ginebra) *las princesas malavares* &c. Las suyas mas conocidas, son *los diálogos de los muertos*, *cartas del caballero de Her...* *conver-*

sacion sobre la pluralidad de los mundos, la historia de los oráculos, las reflexiones sobre la poética del teatro, la historia de academia de ciencias, el prefacio general de esta historia y los elogios de los académicos que pronunció como su secretario y llegan á setenta, materia vastísima para lucir en tantas artes y en tantas ciencias como en ellos se trataban. En su estilo brillaron la gracia y la finura. Otros pintan con elocuencia y espresan las cosas pequeñas con imágenes grandes; él al contrario, trasunta las grandes con rasgos sencillos, lo que causa novedad y admiracion por el contraste. Versificador elegante, fino é ingenioso, no fué poeta como su tío el gran Corneille, á pesar de sus tragedias, comedias, óperas, églogas &c.; de las cuales solo tiene verdadero mérito la ópera de *Tetis y Peleo*. Sus cartas del caballero de Her.... son el antídoto del estilo epistolar. Los diálogos de los muertos, no espresan los afectos propios del hombre, pero sus otras obras tienen mucho mérito.

Voltaire—Arouet.—Nació en 1694, y murió 1778. En el castillo de Saint Ange, concibió y principió la *Henriada*, que no publicó hasta 1723, bajo el nombre de *Poema de la liga*, el cual corregido en Inglaterra salió luego á luz con aquel otro título. Tiene bellísimos rasgos, mas no interesa. La Harpe ha copiado los mejores. Son muy frios los viajes de su *Discordia* de Roma á París y de París á Roma. Copia á Homero y Virgilio en su bajada á los infernos. Por una sátira contra el gobierno publicada en 1716, fué puesto en la Bastilla. Desterrado después á Sully-sur-Loire hizo el Edipo, representado en 1718, y por el cual le volvieron á París. Sus tragedias de *Artemira* y de *Mariana* hechas después, no tuvieron aceptacion. Compuso en Inglaterra su hermosa tragedia de *Bruto*, la muerte de César, y el ensayo sobre la poesía épica. De vuelta de aquel país 1728 dió á conocer en el suyo la literatura inglesa. Los elementos de la filosofía de Newton puestos al alcance de todo el mundo, le atrajeron el odio de los partidarios de Descartes y del célebre Auguesseau. En 1732 dió la *Jaira* y el templo del buen gusto. Sus cartas filosóficas, la de *Urania* y algunos retazos de la *Poncela*, fueron condenadas y se dió orden de prenderle: mas se ocultó con su amiga la Chatelet, haciendo á un tiempo varias obras totalmente distintas. Publicó la *Alzira* en 1736 y á *Mahoma* 1741: esta fué denunciada como contraria á la religion y la ocultó su autor. La *Merope*, tambien celebrada, se dió á luz en 1743, valiéndole los favores de la corte. Casi es la peor de todas sus obras la *Princesa de Navarra*, y le llovieron por ella honores y dineros. Su *templo*

de la Gloria, es muy inferior al del buen gusto. Como historiógrafo de Francia, escribió bajo la dirección del conde de Argenson la *historia* de la guerra principiada en 1741. Socio de la academia, persiguió con sátiras á Trevenol, violon de la ópera: esto le ridiculizó y le forzó á ir Luneville al lado del rey Estanislao; mas habiendo muerto allí su amiga, volvió á París, de donde le llamó Federico II y protegió infinito; pero no pudiendo contener su genio satírico y mordaz, fué desterrado por aquel y se retiró á Ferney. Volvió luego á París y recibió cuantos honores pueden imaginarse. Allí se representó su *Irene* por tercera vez y fué universal el entusiasmo.

Es casi el único literato que hubiera hecho fortuna por sus escritos. Era muy vano y no quería sino que el mundo se ocupara de él. Fué puramente Deísta y sus sentimientos religiosos estan en boca de Jaira, á la que hace hablar como á Sócrates, olvidándose de que era una esclava de 18 años, educada en el Serrallo. Sus escritos respiran tolerancia y amor á la humanidad; pero pensando solo en corregir abusos, se ha hecho jefe de una secta. Sus mas estimadas tragedias y las mejores, son *Mahoma* y *Merope*; después siguen las que hemos dicho y *Orestes*, la *Huérfana de la China* y *Tancredo*. Voltaire se ha creado un nuevo estilo, y es el del espíritu filosófico que reina en sus obras; así por ejemplo, hace hablar á César como filósofo, cuando iba á ceñirse la diadema; mientras Corneille ó Racine le harían hablar como héroe que menosprecia el peligro. No ha tenido reputacion de cómico, aunque el *Hijo pródigo*, *Nanina* y la *Escocesa* aun se representen. Sus óperas no valen nada. En la Poncela es donde se descubre todo su ingenio, donde hay mas invencion; es el poema encantador de la poesía y de las descripciones; mas de cuando en cuando tiene escenas indecentes y asquerosas. Sus discursos en verso sobre el hombre, son mirados como sus obras mas selectas. Su *Poema sobre la ley natural* ha sido severamente criticado por las ideas y por el estilo. La *Vida de París* y *Versalles* está escrita con buen gusto y es una pintura fiel de su siglo. Su *Tú y Usted* es admirable. Sus *Cuentos* no son licenciosos como los de la Fontaine. Entre muchas boberías que contienen sus *Miscelaneas de literatura*, se hallan cosas llenas de gracia é ingenio. Mas encanta Voltaire por su arte de ridiculizar, que subyuga por sus ratiocinios. Todo lo que hizo se imprimió indistintamente y de aquí nace la multitud de sus obras.

Rousseau.—Juan Santiago.—nació en Ginebra 1712 y murió

1778. Por locuras de juventud dejó á Ginebra y espatriado *cambiò*, dice, *de religion, para tener pan*. Deshonró en sus *confesiones* á su protectora, á su madre, á su amiga, á su amante, pues todo fué para él Mme. de Warens. Su carácter intratable, sospechoso é irascible, le hizo perder protectores y amigos. En 1750 fué coronado por la Academia de Dijon por una paradoja que sostuvo, á saber: "que el restablecimiento de las artes y ciencias no ha contribuido á depurar las costumbres." En Ginebra abjuró el cristianismo, lo mismo que antes abjurara la religion protestante. Su *Discurso sobre las causas de la desigualdad entre los hombres*, y sobre el *origen de las sociedades*; así como la *Dedicatoria*, son obras maestras de elocuencia. Después fué á vivir á París, país católico, y luego al campo. Su *carta á d' Alembert*, es casi lo mas elocuente que ha escrito. Hizo imprimir su comedia del *Narciso* y su ópera *El Adivino de Aldea* cuya música compuso. Su *carta sobre la música francesa*, ó mejor, contra ella; irritó infinito á toda la Francia, tanto, que le ahorcaron en efigie. El *contrato social*, 1772, le ha valido infinitos elogios y críticas.—Voltaire, su enemigo, le llamaba el *contrato insocial*. Es en algunos lugares, obscuro é incomprendible. Le pintan como el sueño de un grande ingenio: con todo, tiene cosas muy racionales. Perseguido por sus *cartas de la montaña* por los protestantes de los 13 cantones, fué á Inglaterra donde se burlaron de él á mas y mejor. Entonces Voltaire se ridiculizó en extremo injuriando á Juan Santiago; y dá lástima ver á estos dos pretendidos directores del género humano, escribir diatribas tan amargas y despreciables. Volvió á París, dejó su vestido de Armenio y no escribió mas sobre gobierno y religion; pues solo por aquellas ofertas se levantó la órden del Parlamento. Confiesa que tuvo siempre una misantropía orgullosa, y cierta cólera contra los ricos y hombres felices de este mundo; lo que se vé claramente en sus acciones y escritos. Era sensible, mas no reconocido. Su *Emilio* abunda en las ideas mas generosas para la infancia. Fuera de las obras de que hemos hablado, ha hecho otras, como: su *Diccionario de música*, su *Discurso sobre la economía política*, su *Proyecto de una paz perpetua*, sus *cartas*, &c.; pero se limita esta crítica á sus escritos mas notables.

Helvecio.—Claudio Adriano.—nació en 1715 y murió 1771. La única obra que publicó durante su vida, que encantó á algunos filósofos y estremeció al clero cuando se dió á luz en 1758 durante su estancia en París, hasta el extremo que hicieron pronun-

nunciar al Parlamento una sentencia de proscripción contra ella; fué la del *Espíritu*. Las póstumas son: *del hombre, sus facultades y educacion; la felicidad*, poema en seis cantos, el *verdadero sentido del sistema de la naturaleza*, y los *progresos de la razon en la investigacion de la verdad*. Este autor ingenioso y célebre quiere probar que el vicio y la virtud dependen del clima. En su segunda obra pinta al hombre tal como la naturaleza y la sociedad piensa le han formado; cree en la *tabla rasa* de Aristóteles, donde se pintan cuantas ideas adquiere, y es para probarlo ingenioso sofista. Hace consistir la felicidad, en su tercera obra, en la cultura de las letras y las artes, no en los afectos de la amistad y la práctica de la virtud. Las doctrinas desoladoras de este autor, pervirtieran los individuos y las sociedades, si tan directamente no chocaran con la razon natural. Lo niega todo, sin probar porqué lo niega; da por principios fundamentales rasgos comunes de moral, y de aquí deriva las consecuencias mas absurdas, que el que lea su obra del *Espíritu*, conocerá al momento, siempre que una razon ilustrada le guie en sus indagaciones.

D' Alembert.—Juan Le Rond:—nació en París 1717 y murió 1783. Se le reprende haber formado con Voltaire, Diderot y otros un plan de ataque contra la religion. Preparó con sus ideas así como los otros, la revolucion francesa, y sus opiniones semi-des-cubiertas en la *Enciclopedia*, se ven claramente en sus otras obras. Era mas notable como sabio que como literato: fué geómetra de primera clase, físico, científico, &c., y todos sus escritos son estimados y numerosos. En 1750 emprendió con Diderot la inmensa *Enciclopedia*, cuyo discurso preliminar es suyo, y para lo restante de la obra, mil sabios y literatos se le unieron. Sus obras son *Miscelaneas de literatura, de historia y filosofia*; su *Ensayo sobre los literatos*, los *Elogios de Bernouilli, Terrasson, Montesquieu, Mallet, Dumarsais*; las *Memorias de Cristina, reina de Suecia*; una *traduccion de varios trozos de Tácito*; *Disertacion sobre la elocuencia, la poesia, la latinidad y los modernos*; *Ensayo sobre la destruccion de los Jesuitas*; *Elogios de diferentes académicos*; *Carta á Rousseau sobre el artículo Ginebra, de la Enciclopedia*; *Historia de los monges mendicantes*; *Carta á Condorcet sobre Mma. Geoffrin*, y un *elogio de Lord Marshal*. En sus obras póstumas se cuentan: un *diálogo entre la poesia y la filosofia*; un *juicio sobre la Nueva Heloisa y el Emilio*; *cartas sobre la muerte y el ingenio de Mma. Geoffrin, correspondencia con el rey de Prusia, &c.*

Se hallan estampados en todas sus obras el ingenio y la sabiduría; pero las literarias no corresponden á su reputación: sus elogios académicos no son tan buenos como los de Fontanelli; así su reputación la debe á sus talentos geómetras.

D' Alembert no era sofista, dice la Harpe, ni por sus escritos merecía ser escluido de la sociedad; si no tenía religion, lo ocultaba en general, y en los elogios de los cristianos se le vé encantar al contemplar las obras de Dios. Sus producciones matemáticas llegan á diez y siete volúmenes en cuarto: ha inventado un nuevo cálculo y adelantado por consiguiente el progreso y la estension de la esfera de las ciencias. La ambicion de sobresalir en todo, le perdió. Si nunca se hubiera publicado su correspondencia, sería querido de cristianos é infieles, mas desgraciadamente forzó á sus amigos á ejecutarlo después de muerto. Solo para la Harpe no era sofista.

Diderot.—Dionisio.—Hijo de un cuchillero, nació en Langrés, y murió 1784 á los 71 años de edad. Favorecido por Catalina II y su embajador, salió de la pobreza. Sus *Pensamientos filosóficos* impresos en 1746 y reimpresos con el título de *Etrennes aux Esprits forts*, le dieron á conocer en el mundo. Compañero del anterior en la Enciclopedia, sacó mucha utilidad de su impresion, al revés del otro. Su obra titulada los *Dijes indiscretos*, es una novela antigua de nuevo retocada; muy oscura, hecha con mal gusto y sin ningun chiste. El *hijo natural* y el *padre de familia*, comedias en prosa, son excelentes y en especial la segunda donde maneja con maestría lo patético. Traducidas en todos los idiomas, tienen solo el defecto de presentar á los ignorantes cuadros que creen fáciles de imitar, pues retratan la naturaleza sin ninguna de las bellezas que le dan las bellas artes; obra que puede interesar, solo haciéndola un ingenio superior. El arte dramático quedaría perdido sin recurso, en cuanto todos quisieran trabajar en prosa de un modo semejante. Echa por tierra los principips de la obediencia y religion en sus *Cartas sobre los ciegos para uso de los que ven*. En las materias abstractas no tiene claridad ni precision, díganlo si no las *Cartas sobre los sordo-mudos para el uso de los que oyen y hablan*, donde hace reflexiones sobre la metafísica, la elocuencia, la música y la poesía: allí se ven cosas bien escritas y otras muy imperfectas. De sus obras póstumas, *Santiago el fatalista*, es fastidiosa y por lo tanto de poco peligro por su doctrina; al contrario su *Religiosa*, pues por ella y por la ofensa á las buenas costumbres y el

talento del autor, es muy temible. En sus *Conversaciones sobre el origen de los entes*, se vé el alma del autor, rica, fértil, dulce y salvaje, sencilla y magestuosa, buena y sublime; mas sin ningún principio dominante, sin señor y sin Dios. . . . Su carácter era tan débil, como fuerte é intrépido su espíritu. Mas que filósofo fué orador y poeta, grande escritor y apasionado en todo. Hizo la elocuente *Apología del Abad de Prades* en algunos dias, y este es uno de los mejores escritos polémicos del siglo pasado.

Thomas—Antonio.—nació en la diócesis de Clermont Ferrand 1735 y murió 1785. Se dió á conocer por las *Reflexiones* filosóficas y literarias sobre el poema de la ley natural de Voltaire, lo que admiró é irritó á todos, por haberse atrevido á criticar á aquel filósofo. El *Poema de Jummonville* y la *Oda sobre el tiempo*, le dieron celebridad y el deseo de dedicarse enteramente á la literatura. La égloga de *Marco Aurelio* le iguala á los mejores oradores de Francia; y el *Ensayo sobre los elogios*, á los mas distinguidos literatos. Sus piezas en verso mas estimadas son *La Petroída* ó poema de Pedro el grande, y una *Epístola al pueblo*. Sus elogios históricos son los mejores, aunque suelen tener grandes defectos. El *Ensayo sobre las mujeres* no vale nada. Su *Disertacion sobre Milton*, poeta inglés, fué criticada por Buffon, y prueba que el autor era mas verboso que correcto.

Raynal—Guillermo Tomas.—nació en Saint-Genien 1711 y murió 1796. La *Historia* del Stathouderat, la del Parlamento inglés y la del divorcio de Enrique VIII con Catalina de Aragon, que le dieron á conocer en el mundo literario; ya estan del todo olvidadas. Anduvo fugitivo por su mejor obra impresa en Ginebra, segunda edicion titulada *Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias*; aunque á veces no hay mucha exactitud en los hechos. En tiempo de la Asamblea nacional hizo muchos escritos como *folletos*, &c. Su estilo era rápido y elocuente, mas no tan bueno que se llamen clásicas sus obras. Las dos cartas que hizo á la Asamblea constituyente le hacen mucho honor.

Mably.—Gabriel Bonnot de—nació en Grenoble de buena familia 1709, y murió 1785. El *compendio de los tratados desde la paz de Westfalia*, fué hecho para el cardenal Tencin; al cual redactaba las memorias y consultas.

El *paralelo de los romanos y franceses*, bien acogida por el público, fué criticado por el mismo autor. Sus principales obras son:

observaciones sobre la historia de Francia, con un elogio histórico, que fué premiado; *Idem sobre la de Grecia* y otra de los romanos, bien recibidas en el público; *Principios de negociaciones*; *Derecho público de Europa, fundado en los tratados*; *Conversaciones de Foción*, y los *Principios de moral*. Estas dos últimas obras, tienen mucho mérito. El *Estudio de la historia* y del modo de escribirla, se compusieron para el Príncipe de Parma; pero el autor prefiere en todo á los antiguos. Su obra de la Legislacion ó *Principios de las leyes*, muy admirado por unos, se tiene por otros como el sueño de un hombre honrado. Sus composiciones son en general serias y severas, y su estilo austero y grave: mas habla á la razon que á los sentidos, y nunca prostituyó su ciencia ni sus escritos. Su razon sana huía los extremos de la sequedad, ampulosidad y diffusion. Su mejor obra es la que titula *Conversaciones de Foción*.

Condillac—Etienne Bonnot de—hermano del anterior, nació en Grenoble 1715; y murió 1780. Este grande hombre en su *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, no ha hecho sino desarrollar las ideas de Locke; pero admira el modo claro y fácil de esponerlas juntamente con las suyas. El *Tratado de los sistemas*; el de las sensaciones, y de los animales, son buenos, y mas aun su *Curso de estudios* compuesto para la instruccion del príncipe de Parma, el cual contiene una *Gramática* que mira el autor como el primer elemento del *Arte de pensar*. Después siguen *El de escribir*, y *el de racionar*, de los cuales el primero tiene algunas paradojas: y en fin su *Curso completo de historia antigua y moderna* donde hay algunos retazos difíciles de leer, por la sequedad y negligencia del estilo. Fué metafísico, mas no poeta.

Senac de Mielhan—Gabriel—nació en París 1736, y murió en 1803. Regular escritor, se reducen sus obras publicadas á *Consideraciones sobre las riquezas y el lujo*; *idem, sobre el talento y las costumbres*; la *Novelita*, *Los Dos Primos*; las *Memorias de Ana de Gonzaga*, princesa palatina, tan bien escrita que muchos la tuvieron por verdadera; los *Principios y causas de la revolución en Francia*; del *Gobierno*, *Costumbres*, y *Condiciones en Francia antes de la Revolución*, la *Traducción* de los anales de Tácito; el *Emigrado*, novela con acontecimientos verdaderos, *Miscelaneas filosóficas y literarias*, y una esposicion ó *Apología de la conducta* del duque de Brunswick en el campo llamado de Champagne.

TEATRO CHINO.

Hallase mas ó menos desenvuelta en todos los pueblos de la tierra y con mayor ó menor analogía á nuestro sistema, la imitación del drama, ó la representación de nuestros hechos, de nuestras costumbres, de nuestras desgracias y alegrías, de nuestros crímenes y ridiculeces, de nuestras virtudes y glorias: en una palabra, imitadores por instinto, nada nos complace tanto imitar como lo que es propio de nuestra especie. El drama pues, arte imitativo, no se ha limitado las mas veces al medio directo de espresion de nuestras ideas y de nuestros sentimientos, es decir, á las palabras, como en la comedia y tragedia, sino que se ha valido del canto, y de la pantomima; así como en cierto modo la pintura y la escultura tuvieron, aunque mas limitado, el mismo objeto. Muchas veces se han mezclado oportunamente todas estas artes y llevando su fin principal de representar acciones humanas, nos han encantado en su conjunto, cada cual con sus peculiares atractivos; y hemos visto conmovirse toda nuestra sensibilidad á la manifestacion de un afecto que espresó la música en un tono lamentoso y patético; ó el pincel y el buril con toda la verdad del arte que copia á la naturaleza, ó bien el solo gesto pantomímico, y las ilusiones teatrales prodigadas oportunamente para seducirnos. No es este el lugar de discutir porqué medios se camina tan en derechura á nuestros afectos, por vías que parecen á primera vista que debían apartarnos de ellos: la causa de estos prodigios es la imitación; todo nace del deleite que encontramos en ver copiar los objetos y los sentimientos del modo que es posible, y con los recursos que en aquel caso nos proporciona el arte para el traslado, y sobre todo de la propension que nace con nosotros mismos de querer imitar cuantas cosas llaman nuestra atencion.

Los chinos, cuya remota civilizacion no puede disputarse sin caer en un extravagante pirronismo, tuvieron pues teatros, y gustaron de la declamacion y cantos dramáticos desde tiempos bien antiguos: en el año 720 de nuestra era ya existían en su país teatros y dramas en bastante número, ya gozaban de los *regocijos de la paz y de la prosperidad*, que es como sus historiadores designan á estas representaciones.—El primitivo teatro chino se estableció bajo la dinastía de *Thang* sufriendo una larga interrupcion á

a caída de esta dinastía por las guerras civiles y las calamidades que asolaron aquel vasto imperio hasta el año 905 de Jesu-Cristo. Las piezas que se representaron en este primer período se llamaron Jehhonen-Khi (408-1813) [*]. Otras composiciones dramáticas dichas Ki-Khio (3201-4015) son de la segunda época de este teatro, desde 960 hasta 1119 de nuestra era, bajo la dinastía de *Song*; y bajo las dinastías de *Kin* y de *Youen* desde 1123 de nuestra era hasta 1341 hubo las del tercer período que son conocidas bajo el nombre de *Youer-pen* (11.786-4.063) y *Tsa-Ki* (11.927-844.). El emperador *Hiouen-Tsong* de la dinastía de *Thang*, es el que elevó el primer monumento dramático digno de este nombre en el *imperio celeste*, esto es, la China, en el año ya prefijado de 720 de Jesu-Cristo: pero como observa Mr. Bazin en su teatro chino, de quien tomamos todos estos hechos, hay escritores de aquella nación que hacen remontar al año 581 de nuestra era la invención del drama, atribuyéndolo este honor á *Wen-ti* fundador de la dinastía de los *Soui*. La opinion antes establecida es la que mas se sigue; sin que dejara de suceder en China como en todos los demás países en que han prosperado los juegos escénicos, que á su regularizacion precedieran farsas informes, pantomimas y otras representaciones místicas, mas ó menos groseras, segun el estado de la civilizacion, y así mucho antes de la fecha ya citada de 720 los chinos participaron de ellas.

Los dramas chinos son una mezcla de canto y de declamacion; represéntase vulgarmente como entre nosotros, todo lo que es la parte narrativa, y los hechos conforme se van desenvolviendo; pero regularmente se canta la espresion de algun gran sentimiento, las reflexiones que sugiere alguno de los acontecimientos que están verificándose con respecto á los mismos personajes de la pieza, las descripciones de los objetos y de los lugares en que acostumbra los autores prodigar todas las riquezas de la poesia lírica; y en fin, la manifestacion de sentencias y apotegmas de los institutores de sus diferentes ritos religiosos y de sus filósofos, que forman parte tan importante del lenguaje ordinario de los chinos y que constituyen á este tan diferente del nuestro y de los de la mayor parte de los demás pueblos. Si se reflexiona bien, se observa que este procedimiento tiene mucha analogía con el seguido en nues-

[*] Los números que se hallarán entre paréntesis corresponden á los marcados en los diccionarios de Basile y de Morrison en donde encontrarán los signifi-
ficados, los que tengan oportunidad de consultarlos.

tras óperas, sobre todo en las antiguas: la mayor parte de la acción se ejecutaba recitando los personajes, y las árias y duos no se usaban sino para el mismo objeto que se ha indicado verificarlo los chinos: todo el corte de las óperas de Metastasio y de la escuela antigua italiana, es de esta especie; y únicamente cuando la mezcla de la escuela alemana, y de sus discípulos los armonistas franceses, han modificado el método seguido generalmente en Italia, introduciendo muchas piezas concertantes y buscando los grandes efectos de la armonía, sin contentarse solo con los de la melodía; es cuando el canto ha invadido, por decirlo así, el todo de las óperas, y cuando se ha presentado en todas las partes del drama lírico. No obstante los dramas chinos pasando de la simple declamación al canto, caen en el grave inconveniente que hemos experimentado nosotros en las óperas que se traducían del francés, sobre todo las que estos llaman *cómicas*: es menester confesar que esta brusca transición es muy desagradable, y que es forzoso proceder desde el recitado al canto para no herir duramente nuestros oídos: una imitación semejante es imperfecta por los medios que se emplean. ¿Porqué no se declama todo? dice el espectador extrañando aquella inoportuna diferencia, ¿ó porqué no se canta en lugar de hablarnos?

Es muy digno de llamar nuestra atención la diferencia ya observada entre el lenguaje vulgar de los chinos, todo apuntalado con máximas y dichos de sus sabios, y el nuestro en que sería insoportable esta ostentación de doctrina que se advierte aun en los discursos de los personajes de menor categoría. Si alguna costumbre pudiera en cierto modo compararse con la forma peculiar del habla china, serían los discursos atestados de refranes que acostumbra algunos, particularmente los rústicos: no hay duda que la desconfianza de presentar nuestras propias opiniones con cierto brillo y validez, nos hace apelar á las palabras de los que ya todo el mundo respeta como sabios, ó á las máximas que se miran en general como verdades incontrastables, á fin de prestarles este vigor. Para confirmar con ejemplos lo que se ha insinuado con este respeto, citaremos algunos trozos de las comedias chinas: en la de Tchao-Mei-Hiang, ó las intrigas de una criada, esta dice á su señorita muy gravemente:—El Lun-in dice: “el que falta á su palabra no merece que le llamen hombre.” Y mas abajo replica á la misma señorita con este proverbio chino:—“mil preguntas no equivalen á una respuesta:” eso es menos notable que otra sentencia que espresa en la escena (que es la 6.^a del 2.^o acto) la susodicha criada:

—“Mas vale salvar la vida de un hombre que construir una pagoda de siete pisos.” En la escena 7.^a de este 2.^o acto se explica la astuta criada con el amante de este modo:—“Ella será avara de su terneza, por temor de marchitar su hermosura.”

Tambien he insinuado que en el órden de sus diálogos mezclan continuamente la declamacion con el canto; juzgo que no serán desagradables algunos extractos que manifiesten como proceden; en la escena 7.^a ya citada del acto 2.^o

Pé-min-Jchong. (*Este es el amante.*)

—“Jovencita, no te burles, háblame claro sin tardanza.” (*Esto es declamado.*)

Fan-son. (*Esta es la criada intrigante.*)

(*Cantando.*)—“Ella quiere” (su señorita) “que desde la capital se oigan vuestros suspiros; quiere que halleis vuestra almohada demasiado ancha y vuestra colcha fria.”

Pé-min-Jchong.

—“Muchacha, dime sin rodeos á que hora de la noche vendrá.” (*Esto es declamado* y aquí se trata de una cita nocturna con la señorita de la casa, que proporciona la buena de la criada tan hábil en esto de zurzir voluntades, como infinitas de nuestros climas occidentales.)

Fan-son.

(*Cantando.*)—“Esperad que el tambor haya anunciado el arribo de la noche; esperad que todos en este palacio se hayan sepultado en un profundo sueño; esperad que un ruido que se prolonga á lo lejos empiece en lo alto de la torre; que la gota de agua haya caído en el Clepsidro de Jade (especie de órgano hidráulico;) que una brisa de la primavera haga estremecerse la cresta del fénix que duerme en las banderas; que la flor que crece en el palacio de la luna abata su sombra hasta la cima de los árboles; que la linda joven salga furtivamente de su aposento donde se exhala un dulce perfume; que corra sus cortinas bordadas; que recogiendo su ropaje ondeante, atraviere el camino rodeado de una balustrada; que levante suavemente la celosía adornada de perlas; esperad que se perciba un ligero ruido en la ventana: entonces, entonces ella llegará.”

No siempre cantan los personajes los trozos en que se expresan los sentimientos mas notables, ó las descripciones mas poéti-

cas; he aquí en la escena 1.^a del acto 3.^o de la misma comedia lo que declama y no canta Pé-min-Jehong esperando á su amada.

—“Todo está tranquilo y silencioso en la naturaleza; el disco de la luna se eleva sobre la cima de las flores: en los escalones del vestíbulo permanezco de pié y miro con una atencion inquieta: espiro de ansia al observar á la bella Tchong-ngo (la luna) que descende del noveno cielo.”

Pero generalmente esta mezcla de canto y declamacion se suele hacer en el mismo discurso del personaje, por ejemplo Fan-son en la escena 2.^a del acto 3.^o dice cantando:

—“Levantaos, lindo estudiante, que habeis sufrido tantos disgustos, que habeis estado tan malo.” (Después declamando y mirando á su señorita le dice:—“Mire V. un poquito,” (Mostrándole una fineza que le había dado aquella á su amante y tenía la criada.) En seguida continúa cantando:—“¿Quién le regaló este saquito de olor de seda de color rojo?”

Nada es no obstante mas notable en estos diálogos que la continua esplicacion del nombre, patria, edad y demás calidades del personaje que se presenta y aun del objeto que le trae á la escena; y esta repeticion es tan frecuente, que los traductores se ven forzados á suprimirlas, para no fatigar á sus lectores;—“Mi nombre de familia es Li, (dice Li-Kiang en la escena 1.^a del acto 4.^o de la misma comedia,) mi apellido Kiang, y mi título honorífico Ching-tching. Desde que recibí el grado de Doctor he desempeñado diversos empleos. He seguido al principio al Emperador durante muchos años, &c.” Pero al fin esta es la primera salida de aquel personaje en la pieza; pero Fan-son que es la protagonista de ella, y que ya conocemos desde la 1.^a escena, se presenta en la 2.^a del acto 3.^o diciendo:

—“Yo soy Fan-son: acabo de preparar una mesa y de resolver á mi señorita á quemar perfume &c.” Si advertimos que los magistrados y demás empleados chinos tienen la costumbre de hacer esta misma manifestacion en todos sus actos, infiriremos que es muy probable que se sujeten á esta fórmula por pura vanidad todos, aun en el lenguaje mas ordinario, como consecuencia de ese carácter excesivamente ceremonioso que distingue á esta nacion. Pero siempre queda como peculiar del drama el instruir tan continuamente al auditorio del objeto que conduce allí al personaje, con riesgo de destruir toda ilusion, y sin dejar que se infiera por el mismo procedimiento de la accion, lo que nos manifiesta tan bruscamente.

mente y con tan penosa repeticion el poeta por la boca de cada actor en la pieza.

En cuanto al género de literatura á que mas particularmente pudiera aplicarse el drama chino, diremos que en general, vemos que la unidad de accion y mejor, la unidad histórica, como quiere Manzoni con mucha exactitud que se llame, está muy escrupulosamente observada; porqué ninguna composicion de esta especie puede prescindir de aquel principio constitutivo, y así es que todas las escuelas le proclaman, conviniendo en que sin atender á esta unidad del asunto no puede haber interés, pues no prestaríamos la menor atencion á lo que se nos representase, ó muy probablemente, porqué no podríamos prestársela. Las otras dos famosas unidades de los clásicos, este es las de tiempo y lugar, son enteramente ignoradas de los chinos, ó por mejor decir, no pensaron estos jamás que fuese indispensable para conservar la ilusion, amontonar hechos y asegurar que se han verificado en un período, que á pesar de limitarse á 24 horas, tampoco es el verdadero de la representacion, entre los que le observan de nuestros poetas; ni esponerlos en un mismo sitio, que al menor exámen conocemos no ser el que se nos supone, y que no puede ser, pues nos vemos en un teatro y entre los que como nosotros van tambien allí á divertirse; con el grave inconveniente que encontramos en nuestros dramas clásicos, de que en un mismo paraje se verifiquen las cosas mas incompatibles, y se reunan los personajes mas contrarios. Los chinos han tenido pues razon en prescindir de estas dos unidades, como lo han verificado todos los que no han imitado escrupulosamente á los griegos, que en realidad no podíamos ni debíamos imitar en estos accesorios, porqué no nos hallamos en sus circunstancias; y ellos arreglaban sus dramas así por razones locales y que les eran peculiares, que evitan, como ha hecho ver Schegel hasta la evidencia, todos estos mismos inconvenientes que hemos notado, y que antes han notado ya tantos críticos.

Si los límites que me he propuesto en este escrito me lo permitiesen, analizaría íntegramente algunas de las piezas que nos ofrece traducidas en su teatro chino el ya citado Mr. Bazin: este sería el medio mas expeditivo de patentizar el arte con que entablan su accion aquellos poetas, su modo de proceder en ello, en el que no se vé siempre toda la ilacion, todo el progreso de interés que es el alma de nuestras producciones teatrales; la manera de preparar los grandes golpes con que no pocas veces conmueven y sorpren-

den en algunas escenas, y en fin toda la trabazon de estas obras, con las competentes traducciones de largos trozos para hacerse cargo de su estilo, y de muchas de las cualidades que no hemos podido mas que apuntar ligeramente. No obstante insinuaremos que la imaginacion china se despliega ricamente en muchas de estas obras, y tanto en la eleccion de asuntos, que algunos han sido tan célebres que han merecido imitarse por nuestros poetas, como el *Huér-fano de la China* de Voltaire, cuanto en las dos muy notables cualidades de que siempre estos asuntos estan tomados de la historia de su país, lo que es una consecuencia necesaria del aislamiento de su situación social; y por lo comun giran sobre desgraciados ó prósperos acontecimientos de una misma familia; en lo que cumpliendo con un precepto de Aristóteles, sin saberlo, dan estremado interés á sus composiciones y ofrecen una gran moralidad para el público: siendo de suma ventaja para los estranjeros el poder observar en estos cuadros el verdadero retrato del pueblo, y de sus costumbres, respectivamente en las clases en que se divide. Concluirémos pues observando que ese gran crimen de que el teatro de todas las naciones se ha apoderado, la mujer adúltera, que con su criminal amante asesinan al esposo, y la terrible venganza que después toman sus hijos, el asunto en fin de Agamenon, y de Hamlet, tambien se encuentra en el teatro chino; pero con qué circunstancias en el interesante drama de *Ho-Han-Chan*— ó la confrontacion de los fragmentos de la Túnica....!

El adúltero es un hijo adoptivo de la casa del padre de la infeliz víctima; este le presentó á su padre para que le adoptase y mirase como á su hermano, habiéndole hallado en el último extremo de la miseria y de la desdudez: el malvado concibe arrebatar la esposa y las riquezas del hijo de su padre de adopcion, de su bienhechor, y para ello y con pretestos superticiosos, le obliga á abandonar con su esposa en cinta, la casa paterna, y le hace perecer en uno de esos profundos rios que surcan la estensa superficie del imperio celeste; mas para mayor moralidad de este drama, la esposa no es cómplice de la maldad, es arrastrada casi violentamente á unirse con el ingrato asesino de su marido, y después con el transcurso del tiempo coadyuva con el mismo hijo que llevaba en su seno, cuando se consumó el delito, á la venganza que tomó de este pérfido é ingrato adúltero.



SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

MI VIAJE A TIERRADENTRO.

TERCER ARTÍCULO.

La juventud es la edad de las pasiones fuertes: ella solo inspira aquellas grandes emociones, aquellos pensamientos sublimes que admiran á la posteridad. Después viene la razon y con ella el egoismo. Ningun hombre de treinta años hace un cálculo, sin que su interés particular pese en la balanza y la incline mas ó menos. A los cuarenta, maneja para su provecho las pasiones de los otros; y á los cincuenta.... todo es cálculo en él, todo egoismo. La juventud solo tiene un vicio: la inconstancia.

Hoy dejo con dolor mi opulenta Habana: lloro por mí, por mis amigos, por mis amantes; y voy á recoger una fortuna! ¿Pero que son trescientos mil pesos en comparación de la tristeza que me domina, del aislamiento en que estoy? A los 25 años se repara en el dinero?

Así pensaba yo caballero en mi albarda sobre un escuálido animal que mi conductor decoraba con el noble título de alazan, maldiciendo mi viaje, mi montura y hasta el canto atiplado del arriero. Quería llegar al Batabanó, pero á las dos horas de camino, estábamos aun á media legua de San Felipe. A cada paso mi bestia se hundía hasta los quijotes y era necesario darle de palos para que continuara. Yo iba tan cargado de lodo que me pegaba

contra las cercas para encontrar vados á aquel cenagal inmenso, y los golpes que me daba en las piernas ni siquiera los sentía. Mi pobre fus, mis medias, mis zapatos, quedaron el sitio, y yo bien resuelto á no volver á andar en tiempos de agua por los caminos de mi tierra. Entonces sí que ansiaba por un ferro-carril, y estoy seguro que con un viaje de San Felipe á Batabanó, se acabarían hasta las preocupaciones del Padre Antonio. Hubiera dado cuanto oro hay en el mundo por nacer en el siglo XX, siglo de esperanzas, donde no habrá ni un caballo para reliquia, donde según la famosa caricatura inglesa, los carros de vapor nos conducirán á las azoteas de nuestras casas ó nos bajarán á la cocina; donde veinte sabios contemplando el esqueleto de un potro, conservado por algún anticuario en una jaula, se preguntarán si es un fósil ó el único de su especie que quedó encerrado en el arca de Noé; si ha venido del Ganges ó se sacó de Pompeya ó del Herculano!

Por fin, á las seis de la tarde sin haber encontrado alma viviente en el camino, divisamos unas casas que mi arriero, ¡sin duda era andaluz! llamaba *el pueblo*.

—¿Y donde está el campanario? le pregunté dirigiendo á todas partes la vista.—No concibo un pueblo sin iglesia.

—Pues es el de Batabanó, me contestó. No hay iglesia, pero sí una capilla donde cabe el cura con el sacristan.

—¿Y donde oye misa el pueblo? le dije, porque ya estaba en él y le creía de mas de mil almas.

—El pueblo! el pueblo! me respondió.—Algunos, como el capitan, el administrador y el comandante, suben allá con el cura, los otros se quedan en la puerta. ¡Vé V? Aquí está la capilla y á su lado esas paredes que son de la iglesia que se quemó el año de 22, cuando todas las casas eran de *guano*.

—Pero hombré! le advertí, nuestros caballos se atascan en esta plaza delante del cuartico que V. llama capilla, ¿quién puede desde aquí oir misa, con el sol por arriba y el agua hasta media pierna?

—Nunca van muchas personas, y así qué mal qué bien....

En aquel momento bajamos en la posada, donde había mucha gente junto al villar y mas de cien caballos en los contornos. No eran mas que las seis de la tarde... ¡Siete horas para tres leguas!!! Pues no fué mucho para tan mal camino!

Pedí al instante un cuarto, aguardiente y todo lo necesario para asearme y asistir al baile que daban en casa del cura; pues

le había tocado el *ramo* aquella noche. Casi todos los que ví eran guajiros; con todo, se distinguían algunas personas con chupas y chaquetas de un corte que hubiera hecho honor á nuestros graciosos de teatro. Pero todos estaban limpios, y si tenía derechos para tildar el empaque, me faltaba la razon para permanecer ni un instante encenagado.

Después de vestirme tomé una buena sopa, un par de huevos y la botella que me quedaba de vino, y mas confortado seguí para distraerme al comandante de marina que me llenó de obsequios en cuanto supo mi llegada y al Doctor N. agrimensor encargado de medir aquellas tierras y que había conocido mucho en la Habana. Viéndome entre gentes de buena sociedad, se dilató algo mi pecho, especialmente sabiendo que el baile estaría muy concurrido, pues no faltarían á él las jóvenes del pueblo y de tres leguas á la redonda.

La sala era bastante grande y había sus cincuenta muchachas, tostaditas del sol, con sus túnicos de colores y un aire como de estar en familia, que no atinaba si iban á prepararse para el baile, ó si estábamos en él. En una mesa había diez luces en dos candeleros: ninguna otra iluminacion. Orquesta, Dios la dé; pero ni rastros se advertían. Mis amigos me presentaron á un Señor de 40 años, con su levita de lienzo, el mas embullado de todos, que nos hizo tomar agua con panales y á los pocos momentos se fué á obsequiar á otros recién-venidos. Era el héroe de la noche.

No hay en el mundo cosa tan agradable, como un baile campestre. Esto no lo comprenderán mis jóvenes paisanos que no han salido nunca de la Habana. Como dije al principio, todo era una familia: el cura, el capitán, el administrador, los cosacos que se quitaron el machete, con su sombrerito de paja, su camisa de listado atada con el pantalón á la cintura con un pañuelo de seda, los jóvenes del pueblo, las muchachas, todos estaban animados de la misma alegría, todos se estrechaban con la mayor franqueza, como si fueran padre y hermanos. Las mamás estaban en el cuarto principal, de modo que no se veía ni una cara vieja, ni una espía tan inútil como intolerable.

De repente se gritó, *al zapateo, al zapateo!* y como por encanto dos guitarras, una flauta, un violin y tres tiples, comenzaron á tocar el baile que se pedía, con tanta viveza, animacion y compás que no pude contener mi alegría cuando el cura que por su

carácter no bailaba y á quien le correspondía de ley abrir el baile, me prefirió como huésped para que le sostuyera, dándome de compañera la mas linda y graciosa monterita que verán mis ojos.

¡A Dios Habana! á Dios filosofía! Aquello era un placer sin fin. Los dulces, el bul, el agualoja, la cerveza y la cidra repartidas con profusion, y mas que todo la travesura de las muchachas, la candidez de los guagiros, me tenían fuera de mí; y á las diez de la noche mi linda compañera y yo nos habíamos jurado un amor eterno como nuestra existencia, impetuoso como nuestra juventud. ¡Pobre Inés! Ni tú ni yo preveíamos en aquel instante que dentro de pocas horas todo habría desaparecido.

Eran las doce del dia cuando me levanté de la cama, junto con mi amigo el Doctor que me había hecho dormir en su casa á pesar de que yo quisiera volver á la posada.

—¡Qué vida tan feliz la de este pueblo! le dije almorzando. Envidio tu fortuna, amigo mio.

—No lo creas, Claudio, me contestó. Tú vas de paso y recoges las flores; á nosotros nos quedan las espinas.

—¿Pues con tanta franqueza como reina, qué mas deseas?

—No verme entre chismes y enredos: no faltan aquí personas que no tienen en que pasar el tiempo y le gastan observando al vecino, despellejándole á su sabor: en este pueblo, como en todos los que verás, los mejores amigos, son quizá los que no se conocen.

—Pues yo me imaginaba que aquí todos eran agricultores, y y que solo en ciertos dias de descanso.....

—Hay pocos agricultores.

—¿Pues qué hay?

—Hace ocho meses que vivo aquí y casi no lo sé.

—¿Y de qué se mantiene este pueblo hospitalario y generoso? Son todos arrieros? mayoresales? que serán.

—Ni sé de qué viven muchos, ni como viven: hay algunos arrieros, mas estos son pocos: se juega bastante al billar, y á los gallos. El hijo de nuestros pueblos, de humor alegre y semblante amistoso canta sonriéndose á las puertas de la choza que oculta su miseria, feliz con comer hoy, ignorando si lo hará mañana!

—¿Porqué esta energía para soportar las privaciones, no la consume en el trabajo que trae la riqueza? ¡No en valde este pueblo es tan pobre como antiguo! exclamé reflexionando un rato, y á ese paso con el tiempo.....

—Será siempre..... Batabanó.

En este instante se apeó á nuestra puerta Mr. John Schiler, un Norte-americano que conocí mucho en la Habana había dos años y que sabiendo mi permanencia en casa de nuestro amigo común, acudía á verme. Estaba tostado del sol, y lleno de lodo, como quien venía de muy lejos.

—Llego de Güines, Señor Don Claudio, me dijo, á ver si encuentro tierras baratas para sembrar moreras.

—¿Se ha metido V. á agricultor?

—Yo siempre busco lo que da dinero.

—¿Y las moreras producen mucho? le pregunté.

—Mire V., Sr. D. Claudio, yo vendí el año antepasado todas las que llevé á los E. U. Las grandes á 75 céntimos, las chicas á 50, y las peores á 40. Gané un dineral; y ahora nos hemos reunido cuatro compañeros que tomamos una caballería de tierra en Güines y ya tenemos sembradas una infinidad de matas. El año que viene tendremos un millon de ellas. ¿Quiere V. comprarlas? se las daremos muy barato: yo estoy seguro que llevándolas á los E. U. sacaré V. un capital. Yo se las doy á V. á dos reales, y puede V. contar con que obtendrá por ellas en New-York, Boston, Filadelfia, ó en cualquiera otra parte del Norte, á 50 céntimos una con otra, lo que le haría á V. medio millon! Sr. D. Claudio; ¿entiende V.? ¡MEDIO MILLON!!—Y después mi buen americano añadía entre dientes como quien se habla á sí mismo: “FIVE HUNDRED THOUSAND DOLLARS,” y sus ojos brillaban como si ya tuviese él asegurado la mitad del *five hundred thousand dollars* que me pedía por su millon de matas de morera.

—No trato de ir al Norte, amigo Schiler, le respondí; pero tengo tierras. ¿Se dan mucho aquí las moreras?

—Con una morera tiene V. cuarenta matas en un año.

—¿Cuarenta matas! Me aprovecharé de la noticia.

—¿Ves Claudio? me dijo el doctor. Schiler se hará poderoso con su actividad, con su industria, y ¡solo tiene una caballería de tierra! Cuántos no hay aquí que pudieran arrendarlas y hacerse de dinero en poco tiempo! La cría de los gusanos de seda sería la mas útil á un pueblo que repugna los trabajos fuertes. Yo ansio por su felicidad, y así no estrañes la dureza de mis palabras y que grite contra la ociosidad á que se está acostumbrando. Estoy

por decirte que en general mas trabajan las mujeres aquí que los hombres. Ellas cosen, lavan, cocinan, tejen, y ellos....

durmiendo á pierna tendida....

El trabajo es el origen de la riqueza, y no hay azote mas terrible ni vicio mas corruptor que la ociosidad. Los americanos son ricos, porqué trabajan: son virtuosos, porqué trabajan; y en fin, son felices por el trabajo. ¡Qué trabaje el Batabanó y le verás prosperar!

—Esos son los deseos de todo buen ciudadano, le respondí, y no debes temer ninguna enemiga diciendo en alta voz tus ideas. Cuando un vicio tiende á radicarse, es necesario mostrar con toda la fuerza de la verdad sus consecuencias desastrosas. *Il dolce non far niente* de los italianos, es incompatible con la felicidad de nuestras poblaciones; y tú á semejanza de un esperto facultativo, ponderas el mal al paciente, para que acuda mas pronto á su remedio.

En aquel momento llegó la carreta con mis tercios y tuve que despacharla al puerto que está á una legua de distancia. Después dimos un paseo, tanto para entretenernos en algo, como para despedirme de las personas que tan finamente nos obsequiaron la noche pasada.

Mi adorada Inés se había ido al campo en donde vivía con su familia.

Acabamos de comer y reuniéndome con otros pasajeros que habían llegado ya, me separé de Schiler y del doctor á la salida del pueblo, para entrar en otras furnias y lodazales como los pasados; con la sola diferencia de que para andar por los primeros no tuve que pagar portazgo, y que para los últimos aboné por mí, por mi bestia, por la carreta y arriero, treinta y cinco reales de plata.



SECCION CUARTA.

POESIA.

A MI DORISA.

No son tus ojos los que yo admirara,
Ni es tu sonrisa en la que yo muriera,
Ni en esa boca celestial bebiera
Dulce néctar que Jove me brindara:

Ni tus encantos prosternado amara
Lleno de turbacion, con fé sincera,
Si el divino Hacedor no dispusiera
Un iman que á tus plantas me arrastrara.

El lo quiso, mujer: tú me miraste
Y sentí en mi interior un dulce fuego
Que partió de tus labios cuando hablaste:

Se ofuscó mi razon, perdí el sosiego;
Cada vez mas y mas me cautivaste,
Y hoy te adoro sin fin, rendido y ciego.

J. M. L.

AL DIA DE MIRTILA.

Las aves celebran con cánticos mil,
El día en que naciste, beldad candorosa,
Cien veces mas fresca que en mayo la rosa,
Cien veces mas linda que aurora de abril.

El sol que los montes empieza á dorar
Jamás á mis ojos tan bello ha brillado,
Jamás tantas flores he visto en el prado,
Ni ví tan alegres los peces del mar.

Saltando festivos la aurora los vió
Hendir presurosos las ondas ligeras,
La *Rosa* aplaudiendo que en estas riberas
Al soplo benigno del aura creció.

Deidad de la playa, recibe de mí
Un pecho en el fuego de amor encendido,
Y el día en que por dicha del mundo has nacido
Merezca este amante un recuerdo de tí.

Si no me ves lido la lira pulsar,
Ni me oyes cantares de amor repetir,
Perdona adorada, que sabe sentir,
Mas nunca ha sabido Fileno cantar.

Fileno.



LA TEMPESTAD.

Compuesta en el golfo de
las Damas á 10 de mayo de
1837. Latitud 25, ° 3 ' 46. ¹¹
Longitud 29, ° 50, ' 30. ¹¹

¡Ay! cual se lanzan en atroz porfia
Ondas y rayos el oceano y cielo!
¡Pobre el bajel en que mi vida fia!
Ni sus restos verán mi patrio suelo.

Las ráfagas que rugen:
Los mástiles que crujen:
Los ayes lastimeros:
Los á Dioses postreros!

¡Horrible cuadro de mortal espanto!
Al abismo, á las nubes soplos fieros
Lanzan la quilla en retemblante vuelo;
Y caen los palos en conflicto tanto.
Con fragor que acreciera el desconsuelo,
Un simultáneo grito de agonía
¡Piedad! piedad! al Hacedor reclama,
Y airado ó sordo á la plegaria pía,
Sus furias dobla el vendabal que brama..

Torrentes fervidos
La nave asaltan:
Las fuerzas faltan;
Falló el timon.

Un sordo estrépito
Solo se escucha.....
Del caos la lucha
En la creacion.

¡Miseros, alentad! Sobre la espuma
 Surge la nao del fugaz ahogo,
 Cual sumergida la ligera pluma.
 Los que de horror estúpidos callaban,
 En el llanto encontraron desahogo:
 Menos recias las ráfagas silvaban:

Los nublados clareaban
 Aquí y allá esparcidos,

Y aunque pálidos, menos doloridos
 Los rostros, la esperanza reflejaban.
 ¡Bendiciones á Dios! Vino la calma
 Con la lóbrega noche, y la fatiga
 No cesó de los tristes en el alma
 Sino á la risa de la aurora amiga.

LOS

CINCUENTA PESOS

ó

EL MAYORAZGO.

[TRADUCCION DE BERANGER.]

¡Gracias á Dios! soy todo un heredero!
 El oficio
 Tan propicio
 De mayorazgo siempre es placentero.
 Trabajar es insigne tontería.
 Tengo cincuenta pesos.
 ¡Cincuenta pesos! Oh fortuna mia!
 Rentar cincuenta pesos!

Ya soy, amigos, de la tierra dueño

Yo con mi arca

A lo monarca

Vivo y aun brillo si en brillar me empeño.

Me vuelven mis honores, como un día.

Tengo cincuenta pesos.

¡Cincuenta pesos! Oh fortuna mía!

Rentar cincuenta pesos!

Para usar de ricacho las franquicias,

En un carro

El mas bizarro

Presto me pasearé con mil delicias,

Burlando de acreedores turba impía.

Tengo cincuenta pesos.

¡Cincuenta pesos! Oh fortuna mía!

Rentar cincuenta pesos!

A Dios Surena y todos sus collados.

Ya los vinos

Peregrinos

De Mursaulx y de Aí, siempre cantados.

En mesa alegre, beberé á porfía.

Tengo cincuenta pesos.

¡Cincuenta pesos! Oh fortuna mía!

Rentar cincuenta pesos!

Aderézate, Lisis, prenda amada,

Con las cosas

Mas lujosas

Que inventa la riqueza delicada.

Te desdice la falsa prendería.

Tengo cincuenta pesos.

¡Cincuenta pesos! Oh fortuna mía!

Rentar cincuenta pesos!

Amigos francos y parientes viejos,
Y hermanita
Saltoncita,

Que mis huéspedes sois y mis consejos,
Comed, vivid, holgad á costa mia.

Tengo cincuenta pesos.
¡Cincuenta pesos! Oh fortuna mia!
Rentar cincuenta pesos!

Amor, vinos, amigos, grata holganza,
Una semana
Corta, ufana

Complaceme, aunque vuele sin tardanza
Tras mis rentas el fondo que las cria.

Tengo cincuenta pesos.
¡Cincuenta pesos! Oh fortuna mia!
Rentar cincuenta pesos!

De la triste partida de Belisa.

¡Ay! tú te alejas del feliz Elpino
Y triste gimes y el dolor marchita
En tus mejillas la encendida rosa
Y el dulce brillo de tus ojos quita!
Belisa celestial, Belisa hermosa
Mas que las flores que el abril derrama,
Mas que la luna del templado enero
En el alegre cielo de la Habana,
Suspende el suspirar, que el orbe entero,
Y todos cuantos seres le embellecen
De esos ojos divinos que amor flechan
Una lágrima sola no merecen.

¡Y tú la viertes? ¡ah! cuán presurosa
Hora baja á inundar de tu mejilla
El nativo carmin! En ella brilla
Como en el cáliz de la fresca rosa

Conque el rosal gracioso se engalana,
 Brilla el leve rocío de la mañana;
 O si tal vez en público queriendo
 Tus penas ocultar finges sonrisas,
 Tú gimes en secreto y yo te entiendo.

¡Elpino venturoso! tú le amas
 Y al dejar la ciudad por él padeces
 Y el dulce llanto del amor derramas:
 Un suspiro amoroso hora te envía
 Y le conoces y también suspiras.
 ¡Oh! cuantos otros á la par del suyo
 Y mas ardientes hasta tí veloces
 Vuelan Belisa y tú no los conoces!

Yo, no lo dudes, y ódame si puedes
 Odiar á un infeliz: yo mas que nadie
 Lloraré tu partida, yo deliro
 Y el fuego ardiente del amor respiro
 Y en sus llamas volcánicas me inflamo
 Y el suspirar por tí y el gemir amo.

Dame otra alma, si quieres que te olvide
 Y yo te olvidaré; dame otro pecho
 Y un corazon de duro acero dame,
 Si te ofende, oh Belisa, que te ame.
 Y en vano así me mudarás, que al verte,
 Y al contemplar tus ojos seductores
 Y las gracias que al cielo le debiste,
 A amarte volveré y á gemir triste.

¡Ay! ¿porqué el cielo injusto ha colocado
 Un corazon sensible entre mi pecho,
 Si es mi suerte adorar sin ser amado?
 Siempre encontré traiciones, ó desdenes,
 Y siempre fui infeliz. Juré gimiendo
 Renunciar al amor, vagué perdido
 En extranjeros climas escondiendo
 Entre los bosques del Pirene erguido,
 O en la orilla del Betis mis pesares,
 Y una tumba buscaba silenciosa
 En medio de los tristes olivares.
 Ví mil bellezas y admiré sus gracias
 Y no las pude amar; y en los sepulcros

Que al reclinár las tardes recorría,
 De nuevo el juramento repetía.
 De esquivar del amor el harpon duro,
 Y vine y ví á Belisa y fui perjuro,
 Y la amo con delirio, y nunca, nunca
 Amado me veré. Feliz Elpino,
 ¿Porqué en los campos que nacer te vieron
 No amaste y no te amaron y veniste
 Y á la que adoro tierno, tierno amaste
 Y á Fileno infeliz por siempre hiciste?
 ¿Yo amo tanto á Belisa.....! Si me amara,
 Y el pecho suyo cual el mio latiera,
 Mas feliz que ninguno me juzgara,
 Y mi dicha en su dicha consistiera.....

Veré mañana su desierto albergue
 Y su umbral regaré con triste llanto,
 Y mis dolientes ayes y mis voces
 A su retiro volarán veloces.
 ¡Suerte horrorosa! Fuérame posible
 Respirar á su lado un solo día,
 Y verla cariñosa y placentera,
 Y aunque el sepulcro ante mis piés se abriera,
 ¿Qué es el morir para quien triste gime
 Condenado á dolor y llanto eternos
 Y vé á un rival feliz? Ven, yo te busco
 Númen fatal que á mis hermanos tiernós
 Arrepataste en flor, y que vertiste
 Hiel de dolor en mi angustiado seno;
 Ven que te invoca el misero.

Fileno.



mi adre en su ia.

(Enviados desde Europa.)

¡Será, será que pueda
 Mi acento en este día
 Volar á las regiones de occidente
 Y tu día celebrar? Oh madre mía!
 ¡Oh madre de las madres la mas cara!
 ¡Porqué no es dado á un triste peregrino
 El pielago salvar que nos separa,
 Y al darte cariñoso mis abrazos
 Morir de gozo en los maternos brazos?
 ¡Porqué no puede celebrar de cerca
 Tu dichoso natal mi débil canto,
 Y la lira otras veces mas templada
 Se acuerda solo con la voz del llanto?
 Infeliz, infeliz, con mil pesares,
 Sin padres, sin hermanos, sin amigos,
 Gimiendo lejos de mis patrios lares
 Y exórtico arbolillo en tierra ingrata
 ¡Qué placer melancólico, qué encanto
 Por mi sensible pecho se dilata,
 Al recordar las veces que á tu lado
 Con blando plectro y musa placentera
 A orillas de Almendares he cantado
 El sol que viste por la vez primera!
 ¡Y ese tiempo ha pasado? y qué, no puedes
 Tienda escuchar los amorosos versos
 Que tantas veces escuchar solías?
 Venid, venid á mi memoria, oh días,
 Horas bellas, venid y con-oladme,
 Y á la edad de la infancia voladora
 Recuerdos deliciosos trasladadme.
 Que vosotros no mas en las desdichas
 Con que me abrumba sin piedad el cielo

Sereis eternamente mi consuelo.

En tanto, oh madre, que el fatal destierro
De tu vista me aleja y no me es dado
Estrecharte en mis brazos, ¡ay! no dudes
Que un peregrino, un hijo desdichado,
Que sus amores desde aquí te envía
Sabe en su ausencia celebrar tu día.

El solo bien que le debí á la suerte.
Ha sido un alma para amar formada;
Recíbela gozosa, oh madre amada.

Fileno.

SALMO.

Perdon, Señor: el corazon me duele
De aguda contricion. Pequé infinito:
Te insulté con furor. ¡Cuanto delitol
Mi penitencia hasta tu trono vuele.

A tí clamo postrado,
Reptil del cieno dentro el cieno mismo.
Que no veía, cuando yo obcecado
Soñábame otro Dios en mi egoismo.
¡Perdon, misericordia al vil gusano!
Tú eres solo, Dios bueno, el soberano.

Ilusiones de un día, falso brillo
Llevábanme al abismo. En sed ardiente
Apurando de goces el torrente,
De la conciencia ensordecí al martillo.

No mas vanos placeres:
¡Horror á la ambicion y á la soberbia!
Rico mas de virtudes que de haberes,
De otros cure mi ejemplo la protervia.
Tu ley es mi saber: tú mi tesoro:
A tí, Dios de bondades, solo imploro.



SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

LOS HIJOS DE LA MADONA.

(Conclusion.)

MARIA.

Al día siguiente el coronel puso el regimiento sobre las armas y después de haberle pasado revista:

—¿Quiénes de Vds., dijo, estan seguros en romper una botella en tres tiros á ciento cincuenta pasos de distancia, con bala suelta y su fusil de munición?

Tres hombres salieron de las filas.

—Probemos, dijo el coronel.

Y se puso una botella á aquella distancia.

Uno de los tiradores rompió las tres botellas: y los otros uno no mas.

—¿Tu nombre? preguntó el coronel al que había dado aquella prueba extraordinaria de su destreza.

—Andrés, respondió el cazador apoyándose con una mano sobre el fusil y retorciéndose el vigote con la otra;—y á su disposicion, mi coronel, añadió con el movimiento de hombres que solo pertenece al que ha llevado la mochila por diez años.

—¿Vés esa águila que gira sobre nuestras cabezas?

El cazador se hizo con la mano una visera y levantó la suya para mirarla.

—Está vista, mi coronel. Luego añadió con la satisfacción interior del soldado contento de sí mismo:—A Dios gracias, no soy miope.

—¡Pues bien! continuó el coronel, tendrás diez doblones si la matas.

—¿A esta distancia? preguntó el cazador.

—A esta ó á cualquiera otra.

—¿Al vuelo?

—Al vuelo ó posada; esas son cuentas tuyas. Ponte en acecho día y noche si es necesario. Te dispenso por treinta y seis días de todo servicio.

—¿Qué tal, palomita mia, lo oyes? dijo el cazador al águila como si el rey de los aires pudiera entenderle:—guarda tu caperuza; no te digo mas.

Y luego con el cuidado minucioso del cazador, comenzó á preparar su fusil, le puso nueva piedra, limpió el cañon con un trapo, escogió entre sus doce cartuchos aquellos cuyas balas le parecieron que estaban más en armonía con su calibre, llenó su cantimplora de aguardiente, cogió su pan de munición y se alejó garganteando una canción militar cuyo estribillo era:

“Adversa la suerte

Al gendarme ha sido,

Y al noble soldado

Grata ha sonreído.”

Lo que probaba que el cazador estaba enteramente satisfecho de su situación y del rango elevado que le daba en la sociedad.

El coronel se sentó en la puerta de su tienda siguiendo con los ojos á aquel en cuya destreza había puesto toda su esperanza, y cuando le perdió de vista en un bosquecillo de abetos que ocultaba la base de la montaña, volvió sus miradas hácia el águila que describiendo siempre el vuelo circular de las aves de rapina, se había progresivamente aproximado al ápice de la roca. De repente se lanzó con la rapidez del rayo, y poco después remontando con un lebrato entre sus garras, fué á sepultarse con su presa en el agujero donde estaba su área.

Cinco minutos después volvió á aparecer y fué á posarse sobre la punta de un peñasco en forma de aguja.

Apenas había replegado sus alas, se oyó un tiro y el águila cayó.

A los diez minutos salía Andrés del bosquecillo trayendo su caza.

—Aquí está la pavita, dijo arrojando su caza real á los piés del coronel:—es macho.

—Y aquí los diez doblones, respondió este.

—¿Hay otro tanto por la hembra? preguntó Andrés.

—El duplo, respondió el coronel.

—¡Veinte doblones! cáspita! es necesario que tenga V. un gusto muy original para pagar esa suma por un avechucho que no echaríamos en nuestro rancho; pero no importa, no importa, sobre gustos no hay disputa. Tendrá V. su hembra, mi coronel, y si se propone armarlas, conservará V. un lindo par de muebles.

—¿Lo oyes? veinte doblones! dijo el coronel.

—Basta, basta, respondió Andrés echándose los diez que acababa de ganar en el bolsillo del chaleco.—Está convenido y no volveré sin ella.

Y tornó á ponerse en camino silvando su cancion favorita.

Esta vez no volvió hasta el otro día; pero como la víspera cumplió su palabra.

—¡Ah! exclamó el coronel saltando de alegría.

—Atravesada hasta los entresijos, dijo Andrés tocándose los bolsillos.

El coronel le miró riéndose.

—¿Qué haces? le preguntó.

—Ya V. lo vé, toco la llamada.

—Toma, dijo el coronel presentándole su bolsa.

—Entrad en el cuártel, reclutas míos, dijo Andrés al guardar los recién-llegados en su bolsa;—y reuniendoos allí con los veteranos, les dareis memorias de mi parte.

—Ahora, dijo el coronel, puedes retirarte. Ya no te necesito.

—¿No quiere V. que las pele?

—Gracias.

—Es que por el precio, debería hacerlo. Pero si le incomoda, suponga V. mi coronel, que nada he dicho. Solo le pido me conserve de parroquiano.

A estas palabras Andrés reunió sus piernas hasta dejarlas perpendiculares, enderezó el cuerpo, hizo el saludo militar y se retiró.

—Capitan, dijo al siguiente día á Jacomo el bandido que fué por la provision; no hay nada en el nido.

—¿Se han volado los aguiluchos? preguntó el capitán estre-meciéndose.

—No, aun estan en el nido, pero debemos creer que el padre y la madre viendo que comían tanto, no han querido cansarsen mas en proveerlos.

—Está bien, dijo Jacomo, viviremos hoy como podamos.... con los restos de ayer.

Al dia siguiente Jacomo quiso ir en persona á la provision: se ató la cuerda á la cintura é hizo que le bajaran. Cuando llegó a nido metió la mano: los dos aguiluchos se habían muerto de hambre. Los cogió.

—Ese infame Antonio nos ha vendido, dijo el gefe.

Y aquel dia los bandidos comieron uno de los aguiluchos.

Al otro, la mitad del que quedaba.

Al siguiente, la otra mitad.

Después de la comida, Jacomo se acercó á la orilla de la roca y vió al coronel que observaba la cúspide de la montaña con su antejo. Conversaba con el Doctor, cuyo arresto había suspendido el mismo dia que supo porqué medios Jacomo y su banda se proveían de alimento. Al verle el coronel, puso un pañuelo blanco en la punta de su espada y le agitó alzándole sobre su cabeza. Jacomo comprendió que le proponían parlamentar. Llamó á María, le pidió su delantal y atándole á la estremidad de una vara como bandera, la clavó en el punto mas elevado de la montaña. El coronel vió que estaban prontos á oir sus proposiciones y preguntó si había un hombre resuelto para llevarlas. Andres se presentó.

La embajada era peligrosa: los bandidos calabreses no se precian de respetar religiosamente los usos adoptados en semejantes ocasiones entre enemigos civilizados. Puestos fuera de la ley, podían muy bien poner al parlamentario fuera del derecho de gentes: así Andrés, pidió al coronel el permiso de decirle dos palabras en particular; y cuando se alejaron, sacó del bolsillo los treinta doblones que había recibido tres dias antes, y se los puso en la mano.

—¿Qué significa esto? le preguntó el coronel.

—Que si los bribones de allá arriba me liquidan mis cuentas como podría muy bien suceder, dígame entre nosotros, mi coronel, no me gustaría que me heredasen. En consecuencia, esta es mi voluntad, mi coronel. Enviaré V. veinte doblones á mi anciana madre y los diez restantes se los dará V. á la vivandera de nuestra compa-

ña; guapa muchacha, que nos lava de valde la ropa, y nos dá el traguito á crédito. ¿Está V., mi coronel?

Este, prometió á Andrés cumplir escrupulosamente su voluntad si le acaecía alguna desgracia, y le dió sus instrucciones. Prometía la vida á todos, excepto á Jacomo.

Andrés se puso en marcha y comenzó á trepar la montaña, con la maravillosa confianza del soldado francés, confianza que se apoya en dos cosas: en el valor que tiene y en la elocuencia que cree tener. Cuando llegó á la cumbre estaba á cincuenta pasos de la centinela de Jacomo, quien le gritó en calabrés:

—¿Quién vive?

—Parlamentario, respondió tranquilamente Andrés y continuó su camino.

—¿Quién vive? gritó por segunda vez la centinela.

—Te se ha dicho parlamentario, ¡imbécil! exclamó Andrés levantando la voz y dando de nuevo algunos pasos.

—¿Quién vive? gritó por tercera vez el bandido apuntándole la carabina.

—¡Ea! ¿no me has oído? dijo Andrés gritando con toda la fuerza de sus pulmones, y silabando añadió:—Par-la-men-ta-rio,—par-la-men-ta-rio, ¡hola! ¿estás satisfecho?

Parece que la palabra italianisada por Andrés no produjo el efecto que esperaba, porque en el momento en que acababa de dar aquella prueba de filología, la bala pegando en la chapa de su morrion le lanzó al precipicio, pues su propietario olvidó asegurarle con las carrilleras.

—¡Hijo de..... loba! dijo Andrés que sabía su historia romana.— ¡Buena obra maestra has hecho! Vete..... ¡Un morrion que contenía mas de treinta cartas de mis amantes, que me eran á cual mas queridas.... ¡Ah bribon! ¿Quiéres que te coma los hígados....?

Esta última exclamacion le fué arrancada por la proximidad del bandido, el cual viendo que Andrés no traía armas por su calidad de parlamentario, se le acercaba con el objeto de herir con el puñal al que perdonó su carabina.

Andrés llevó maquinalmente la mano al lado donde hubiera debido encontrar su sable; pero se halló con la vaina. Al mismo tiempo vió que brillaba á un palmo de distancia de su pecho el puñal del bandido, y por un movimiento rápido como el pensamiento, agarró con la mano el puño de su adversario. El golpe que iba á

herirle quedó de esta suerte suspendido y una lucha se empeñó entre-ambos.

El lugar del combate era una especie de camino, que por una parte se apoyaba en la roca perpendicularmente cortada y por otra caía en escarpa hacia un precipio de dos mil piés de profundidad. Este angosto sendero revestido de una pelusa seca que el calor hacía resbaladiza, no dejaba de ser peligroso hasta para los que le atravesaban solos y con precaucion: los dos luchadores comprendieron todo el peligro de su situación y comenzaron á emplear todos los recursos de su fuerza y todos los ardidés de su maña para alejarse lo mas posible de la orilla, pues había poca esperanza de que el uno precipitase al otro sin ser arrastrado en la caída. Así, todas las tentativas del bandido se limitaban á desasir su puño de la tenaza que le sujetaba, mientras que Andrés reunía todas sus fuerzas para retenerle. Cada uno además había echado al cuello de su antagonista la mano que le quedaba libre, de tal modo que estos dos hombres, animados uno contra otro por un deseo frenético de muerte, hubieran parecido á cierta distancia dos hermanos que se abrazaban y estrechaban después de una larga ausencia.

De esta suerte permanecieron algun tiempo inmóviles sin que ninguno de los dos pudiese prever quien tendría la ventaja. Al fin, las rodillas del bandido principiaron á temblar, su cintura se quebró lentamente hacia atrás, su cabeza se dobló como la cima de un árbol flexible: luego, desprendiéndose sus piés del suelo, cayó pesado como un roble desarraigado, arrastrando á Andrés en su caída, y abriendo la mano que este le apretaba, por aquel movimiento maquinal del hombre que busca un apoyo, se le escapó el puñal y fué á caer al borde del precipicio.

Entonces la lucha continuó, el bandido tratando de empujar el puñal para que cayera, y Andrés esforzándose para cogerle. Pero tanto para lo uno como para lo otro, era necesario que se acercasen al borde. De cuando en cuando sus ojos inflamados lanzaban una mirada en el abismo hacia el cual insensiblemente adelantaban; y sin decir una palabra, sin proferir una amenaza, sus miembros se atiesaban por un esfuerzo mas violento. Por último, Andrés pareció conservar hasta el fin la ventaja sobre su adversario á quien entonces apretaba la garganta con una mano, mientras que con los dedos de la otra casi tocaba el puñal. Hizo un último esfuerzo y le alcanzó. El bandido vió que estaba perdido y al momento tomó la resolución de morir, pero de morir con su contrario.

Apoyó un pié en la roca sin que Andrés le viese, y en el instante en que el puñal brillaba sobre su pecho, estendió la pierna como un resorte, y Andrés que estaba encima, se sintió resbalar con él al precipicio. Un grito horrible resonó en los aires: era la doble maldición de estos dos hombres, era el poderoso y último *á Dios* de la criatura á la creacion. El bandido y el soldado habían desaparecido.

Otro grito respondió: pero era Jacomo quien le arrojaba. Atraído por el fusilazo había venido de lejos, visto la lucha, y llegaba en el momento en que se terminaba con la caída de los dos adversarios. Estendió el brazo como si hubiese podido retenerlos, y viéndolos desaparecer, saltó con la agilidad del jaguar sobre la estremidad de una roca que dominaba el precipicio, lanzó una ansiosa mirada en el abismo y vió en el fondo el cuerpo mutilado del bandido que arrastraban las aguas de un torrente.

—¡Camarada! dijo en ese momento una voz que salía de algunos piés debajo de él:—¡Camarada!

Jacomo volvió los ojos en la direccion de donde venía la voz, y apercibió á Andrés á caballo sobre un árbol que había crecido en las aberturas de la roca.

Al principio de la caída los dos adversarios se habían soltado y Andrés tuvo la dicha de engancharse por el vestido en aquel árbol protector, y trabajó tanto que logró colocarse á horcajadas teniendo encima de su cabeza diez piés de roca lisa que no podía trepar y debajo el abismo á donde le había precedido el bandido.

—¡Ah! exclamó Jacomo admirado, ¿quién eres?

—¡Vaya! ya hay uno que habla francés, y por lo menos nos entenderemos, dijo Andrés asegurándose más sobre su árbol. Luego añadió:—¿Quién soy? Yo soy Andrés Frochot natural de Corbeil, cerca de París, cazador en el 34 de línea, que el emperador ha llamado el *Aterrador*.

—¿Qué buscas? continuó Jacomo.

—Vengo de parte de mi coronel á traer como dicen: su ultimaton.

—Está bien, dijo Jacomo.

—Pues entonces, si está bien, tenga V. la bondad de bajarme la menor cosa para que vuelva á subir; como quien dijera.... una sogá, y luego me alará V. así, eh? E hizo el movimiento de un hombre que saca un cubo de un pozo.

Jacomo dió algunos pasos y sacó de entre la espesura donde había quedado escondida, la ya inútil sogá: le echó un cabo á An-

drés quien le amarró fuertemente al rededor de su cuerpo, luego agarrándola con las dos manos por encima de su cabeza, y sintiéndose atado con solidez, gracias á esta doble precaucion, dió la señal diciendo:

—Vamos, ¡hupa!!!

Jacomo probó que había comprendido perfectamente la esclamacion, alando la cuerda. Andrés principió pues su ascencion girando á la estremidad de su conductor como una pelota de hilo que una mujer devana. En fin, cuando llegó arriba, Jacomo puso el pié sobre la sogá para que no resbalase y tendió la mano á Andrés el que agarrándose con todas sus fuerzas hizo otro esfuerzo y casi al instante se encontró al lado del bandido.

—Gracias, camarada, dijo desatando la sogá que le servía de cinturón y borrando al momento las trazas del desórden que había causado en su traje militar la bajada y subida que acababa de hacer, con el mismo cuidado y la misma flemma que si se tratara de pasar inmediatamente una revista. —Gracias, repitió, y si alguna vez necesitase V. del mismo auxilio, ocurra á Andrés Frochot y puede V. contar con él si se halla en los contornos.

—Está bien, dijo Jacomo. Ahora las instrucciones.

—¡Ah! dijo Andrés, ya esto es mas serio. Mis instrucciones estaban en mi morrión, y mi morrión se fué á todos los diablos. El otro ha ido, en verdad, á buscarle, añadió lanzando una mirada en el precipicio; pero me temo mucho que no le traiga.

—¿Te acuerdas de lo que contenían? preguntó Jacomo.

—¡Oh! lo tengo en la punta de la uña.

—Veamos.

—Decían,—escuchad bien. Andrés tomó el aire grave é importante de un embajador.—Decían que todos los bandidos tendrían la vida salva, y que solo el gefe sería ahorcado.

—¿Estás seguro de eso?

—¿Cómo si estoy seguro? Acaso me toma V. por un mentiroso? Se lo cuento á V. de pe á pa, y le respondo sobre mi palabra á fé de Andrés.

—Entonces puede arreglarse el negocio, dijo Jacomo: sígueme.

Andrés obedeció, y diez minutos después el bandido y el soldado llegaron á la meseta que describimos al principio de esta historia, donde encontraron acostados á los bandidos, y á María recostada en la roca dando de mamar al niño.

—Albricias, amigos, dijo Jacomo al llegar: los franceses perdonan á Vds. la vida.

Los bandidos se levantaron de un brinco.

María alzó melancólicamente la cabeza.

—¿A todas? preguntó un bandido.

—A todos, respondió Jácomo.

—¿Sin excepcion? añadió María con dulzura.

—Poco importa á estos valientes, replicó con impaciencia Jácomo, que haya una excepcion, si esta no los comprende.

—Está bien, dijo María bajando su cabeza resignada sin añadir otra observacion.

—Es decir, repuso uno de los bandidos, que según eso hay una excepcion, y que esa excepcion es para el gefe.

—Quizás, respondió Jácomo.

—¿Y este hombre es el que...?

—Sí, dijo Jácomo.

El bandido miró á sus camaradas y observando en todos los semblantes una espresion que reflejaba su pensamiento, levantó con viveza su carabina y apuntó á Andrés.

—¡Sangre de Cristo! ¿que haces? exclamó Jácomo cubriéndose con su cuerpo á Andrés.

—¿Qué hago? respondió el bandido, voy á enseñar á este pagano á hacerse cargo de semejantes comisiones.

—¿Qué tiene ese truhan? dijo Andrés levantándose en puntillas y mirando al bandido por encima del hombro de Jácomo, — ¿le entran á menudo esos ataques?

—Está bien, está bien, Luidgi, dijo Jácomo haciendo un movimiento con la mano; baja tu carabina: si tu opinion es rehusar, no será tal vez la del resto de la tropa.

—Es la opinion de todo el mundo, ¿no es verdad? exclamó Luis dirigiéndose á sus camaradas.

—Sí, sí, respondieron todos á un tiempo:—Sí, vivir ó morir con nuestro gefe. ¡Viva el capitán! viva nuestro padre! viva Jácomo!

María no decía nada, pero dos lágrimas de reconocimiento corrieron por sus mejillas.

—¿Oyes? dijo Jácomo volviéndose á Andrés.

—Sí oigo, respondió Andrés, pero no entiendo.

—Pues bien, estos hombres dicen que quieren vivir ó morir conmigo, porqué yo soy su gefe.

—Perdonad, respondió Andrés, y cuádrándose, puso la mano en su frente y haciendo el saludo militar, — ya que ahora conozco á V., añadió, le tributo el honor que le es debido.

—Está bien, dijo Jácomo con un gesto de nobleza y orgullo que no desdeciría de un rey,— y puesto que me conoces, vuelve á tu coronel y dile, que en toda la banda de Jácomo, aunque muerta de hambre, no has hallado uno solo que quiera rescatar su vida á precio de la de su capitán.

—¿Y qué tiene eso de particular? preguntó Andrés retorciéndose el bigote.—Eso prueba que en todas partes...hay hombres de pro; nada mas.

—Y ya, si tengo algun consejo quedarte, añadió Jácomo examinando con inquietud el rostro de sus compañeros, es que te vayas al punto, ó no respondo de tí.

—Está bien, respondió Andrés paseando su vista en derredor con el mas profundo desprecio—no trato de alquilar tu barraca fuera de que no me parece muy atestada de comestible.

El gefe frunció las cejas. Andrés le miró cara á cara como para decirle: “¡Y bien! ¿y qué?” y así que el rostro del capitán recobró su espresion habitual, volvió la espalda y se alejó lentamente bamboleando su cuerpo y cantando á media voz:

“Adversa la suerte
Al gendarme ha sido,
Y al noble soldado
Grata ha sonreido.”

Si suenan las cajas
Sus amadas deja,
Si las cajas suenan
De su hogar se aleja.

Al concluir el último verso dobló la roca y desapareció á los ojos de Jácomo y de su banda. Sin embargo, no volvió la cara hasta pasados diez minutos, tanto temblaba que se atribuyera á temor aquel movimiento de curiosidad.

Después de la partida de Andrés permanecieron los bandidos mudos é inmóviles en los mismos puntos en que los había dejado. Al fin Jácomo se levantó y se alejó sin decir palabra.

Todos entonces buscaron algun medio de calmar el hambre que los devoraba: algunos encontraron raíces, otros frutas silvestres, y varios en fin, trataron de comerse los retoños de los árboles.

Solo Maria permaneció sentada sobre la roca, poqué aun tenía leche para su hijo.

A las dos horas, volvió Jácomo: traía en la mano derecha uno de aquellos bastones largos y herrados con que los boyeros romanos aguijan sus pjaras, y en la izquierda la sogá de que ya tiene conocimiento el lector y á la que hemos visto representar un papel tan activo en el curso de esta historia, como si fuera un accesorio forzado de su desenlace.

—Que todos se preparen, dijo el gefe,—marchamos.

—¿Cuándo? exclamaron los bandidos.

—Esta noche, respondió Jácomo.

—¿Ha hallado V. alguna salida?

—Sí.

Ea alegría se mostró de nuevo en todos los semblantes, porqué ninguno dudaba de la veracidad del gefe. Maria se adelantó y presentándole su niño:

—Bésale, le dijo.

Jácomo besó al niño como quien teme que se trasluzca un sentimiento humano en el fondo de su alma; y luego estendiendo la mano derecha hácia el oriente:

—Dentro de medio hora será de noche, dijo.

Todos visitaron sus armas, las cargaron de nuevo y pasaron la baqueta por el cañon de la carabina.

—¿Están listos? preguntó Jácomo.

—Sí.

—Partamos.

Se pusieron entonces en marcha siguiendo un camino opuesto á aquel por donde Andrés había venido. Un sendero practicable, mas tan estrecho que uno solo podía defenderse contra diez, iba á terminar al pié de la montaña en cuya cima estaban refugiados los bandidos. Esta senda aunque poco perceptible no se había escapado á la vigilancia del coronel, y para guardarla colocó un reten á su término y á cien pasos una centinela. Por eso tambien al empeñarse en este desfiladero, Jácomo que los conducía se volvió hácia ellos y les recomendó el silencio con aquella voz rápida é imponente que anuncia va la vida en la infraccion del mandato.

Todos retuvieron su aliento.

En aquel instante lloró el niño.

Jácomo se volvió; sus ojos brillaban en la oscuridad como los del tigre. María dió su pecho agotado al niño, quien le cogió ansiosamente y se calló. Continuaron la marcha.

A los diez minutos, el niño engañado en su esperanza, dejó escapar otro grito.

Jácomo lanzó una especie de rugido que no podía acusar ni su presencia ni la de su banda, porqué el que le hubiese oído le hubiera tomado mas bien por el aullido del lobo que por la voz del hombre.

María temblando pegó su boca á la de su hijo; dieron algunos pasos mas, pero el niño atormentado por el hambre se echó á llorar de nuevo.

Jácomo entonces dió un brinco, y antes que María hubiese podido retenerle ó sujetar á su hijo, le agarró por una pierna, le arrancó de los brazos de su madre y haciéndole girar como una honda le estrelló la cabeza contra un árbol.

María permaneció un instante pálida, los cabellos erizados, y los ojos fijos: luego doblándose por un movimiento rígido y automático, recogió el cadáver mutilado de su hijo, le puso en su devantal y continuó siguiendo la banda á cuya cabeza se había vuelto á poner Jácomo.

En este momento aprovechándose de aquel lugar en que la montaña era accesible, abandonó el sendero y se empenó con el instinto de las bestias salvajes entre las rocas, los abetos y los zarzales enmarañados que parecían cerrar el paso á toda criatura viviente excepto á los reptiles. La tropa le siguió.

Así caminaron durante una hora, si puede llamarse marcha una escursión donde era necesario saltar de roca en roca como gamuzas, ó arrastrándose como serpientes.

En fin, llegaron á una parte de la montaña cortada perpendicularmente. Frente á esta especie de plataforma, y á veinte piés de distancia del lado opuesto, se extendía otra meseta semejante: el precipicio que dividía estas dos cumbres, era sin duda efecto de alguna convulsion volcánica: pero nadie recordaba haber visto nunca reunidos en una sola estas dos montañas gemelas.

Al llegar allí, los bandidos se miraron con inquietud: para ninguno era desconocida aquella parte de la montaña y no pocas veces ocurrieron muchos, desde que se veían cercados de enemigos, á visitar aquel punto, á contemplar el precipicio que se abría

á sus piés y á medir con la vista la distancia que los separaba de la tierra vecina donde estaba la salvacion; y siempre se retiraban pensativos y encorvada la cabeza bajo el peso de la idea de que solo era dado á una gamuza salvar tan peligroso intervalo.

Fué sin embargo á la orilla de este abismo adonde Jácomo se paró: los bandidos formaron al momento un semicírculo al derredor de este hombre cuyo admirable ingenio había sostenido sus vidas con recursos que jamás ellos hubieran imaginado, persuadidos tambien de que en aquel momento iba á sacarlos del peligro con alguna nueva maravilla. En efecto, Jácomo no vaciló un instante; y desenrollando la cuerda cuan larga era, llamó á uno de su banda, le amarró una punta en la muñeca y atada sólidamente la otra á la mitad del palo con que se había preñado, le sacudió por sobre de su cabeza como un venablo y le arrojó con violencia al lado opuesto.

Los bandidos acostumbrados á distinguir en la oscuridad de la noche lo mismo que con la claridad del dia, siguieron el vuelo de la lanza; la vieron pasar entre dos robles de igual altura que crecían en la meseta del frente, y clavarse cimbrando en la tierra. Entonces Jácomo desató del puño del bandido la estremidad de la sogá, y dándole un fuerte sacudimiento arrancó de la tierra el regatón del palo y tirando hácia él, le acercó á los robles, donde se detuvo por la posicion transversal que había tomado. Jácomo volvió á tirar con la misma violencia; la cuerda se estendió cuanto pudo, y el palo resistió: era lo que quería.

Entonces la aseguró, dando con el cabo de la sogá que no había abandonado, tres vueltas al tronco de un abeto, la anudó de nuevo, y sentándose en la orilla del precipicio, cogió con las dos manos la sogá que le atravesaba como un puente, y principió á pulso, el cuerpo colgando en el abismo, á pasar á la otra banda de un modo tan extraordinario.

Los bandidos le siguieron con los ojos, jadeando y con la boca abierta. Le vieron, soltando una mano después de la otra, adelantarse con tanta facilidad como si sus piés hubiesen tenido un punto de apoyo: en fin, llegó al otro lado, se agarró á la raíz de uno de los robles, y haciendo un último esfuerzo se encontró sobre la meseta opuesta.

Entonces examinó con atencion el palo que sujetaba la cuerda y viéndole retenido con solidez, se volvió hácia sus hombres haciéndoles señal de que pasasen.

Eran valientes y atrevidos montañeses que no vacilaron un instante: tal era la confianza que tenían en sus propias fuerzas, que pues uno había pasado, todos debían pasar... y con efecto pasaron.

María fué la última; y llegando su vez, mordió la punta de su delantal, cogió la cuerda, y sin ninguna señal de temor ni de debilidad, salvó como los otros el precipicio.

El gefe respiró, viendo su banda en sudorredor sana y salva: envanecido de salvar la vida á los que rehusaron conservarla á expensas de la suya.

Entonces lanzó una mirada de indefinible desprecio á los puestos militares que se distinguían por las hogeras que brillaban de trecho en trecho, y solo dijo esta palabra:

—Partamos.

Y se volvieron á poner en marcha, llenos de ánimo y resolución.

Una hora después apercibieron una aldea y se encaminaron á ella. Jácomo entró en una de sus cabañas, dijo su nombre, y que él y sus compañeros tenían hambre.

Se apresuraron á traerles lo que necesitaban. Todos se proveyeron de víveres y continuaron su marcha.

A los veinte minutos se habían internado otra vez en la montaña, libres de todo riesgo, y sin temor de ser perseguidos. Jácomo se paró, y examinando el lugar en que se encontraban:

—Pasaremos aquí la noche, dijo: ahora cenemos.

A toda prisa se ejecutó esta orden, porque aunque todos se morían de hambre, ninguno se había atrevido á comer antes que el gefe se lo hubiera permitido. Las provisiones se apilaron, los bandidos se sentaron en círculo, y cinco minutos después, todos las devoraban con tal ansia que se echaba de ver que desde el primero hasta el último, tomaban á pechos reparar el tiempo perdido.

De repente Jácomo se levantó, porque María no estaba con la banda.

Dió rápidamente algunos pasos en la direccion por donde habían venido: y de repente se paró. Había apercibido á María al pié de un árbol: estaba de rodillas y abría un sepulcro con sus manos para enterrar á su hijo.

Jácomo dejó caer el pedazo de pan que llevaba en la mano; y mirándola un instante sin articular una palabra, dió la vuelta triste y silencioso hácia su tropa.

La cena estaba concluida: Jácomo colocó una centinela, mas por hábito que por temor, y permitió que los demás fuesen á descansar. El mismo, retirándose á un lado, tendió su capa en tierra y dió á sus compañeros un ejemplo, que agoviados del cansancio como estaban, no tardaron en seguir.

El bandido que dejó de centinela velaba hacía un cuarto de hora apenas y ya comenzaba á apercibirse que el cansancio iba venciendo su consigna: se le cerraban los ojos muy á su pesar, y tenía que estarse paseando continuamente para no quedarse dormido en pié, cuando oyó pronunciar su nombre por una voz dulce y pesarosa.

Volvió la cara y reconoció á María.

—Luidgi, le dijo, soy yo: no temas nada.

Luis la saludó respetuosamente.

—¡Pobre muchacho! continuó;—te caes de sueño y de cansancio, ¡y tienes que velar!

—Así lo manda el gefe, respondió Luis.

—Escucha; yo, aunque quisiera, no puedo dormir,—y le enseñó su delantal aun ensangrentado.—La sangre de mi hijo, continuó, me tiene despierta. Tú sabes si mi vista es segura: dame tu carabina, yo haré la centinela por tí; y en cuanto aclare el día, te despertaré. Son dos horas de descanso que te ofrezco.

—¡Pero si el gefe lo llega á saber! observó Luis que no pedía otra cosa.

—No lo sabrá, dijo María.

—¡V. me lo asegura?

—¡Te lo aseguro!

El bandido le entregó su carabina, y por el poco tiempo que tardó en buscar un sitio cómodo para acostarse, dió á entender cuánta era su convicción interior de dormir profundamente en cualquier parte. Diez minutos después su ruidosa respiración anunciaba que no perdía el tiempo que le faltaba hasta la salida del sol.

María permaneció como un cuarto de hora inmóvil; después volviendo la cabeza por encima del hombro hacía aquellos hombres, se aseguró de que todos dormían profundamente. Dejó entonces su puesto, se deslizó entre ellos como una serpiente, y cuando llegó adonde estaba Jácomo, bajó el cañon de su carabina, apoyó la boca contra el pecho del bandido, y largó el tiro.

—¿Qué hay! preguntaron aquellos hombres asustados.

—Nada, dijo María. Luidgi, á quien estoy reemplazando, olvidó avisarme que su carabina estaba montada, y como por descuido apoyé el dedo en el gatillo, se disparó.

Todos recostaron la cabeza en el brazo y se volvieron á quedar dormidos.

Jácomo no profirió ni un suspiro, ni una queja: la bala le había atravesado el corazón.

María arrimó la carabina de Luis á un árbol, cortó la cabeza de Jácomo, la puso en su delantal embebida aun en la sangre de su hijo, y bajó la montaña.

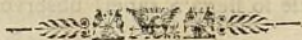
Al día siguiente, avisaron al coronel que una jóven que decía haber matado á Jácomo, quería hablarle. El coronel la hizo entrar en su tienda. María se presentó delante de él, soltó la punta de su delantal y la cabeza del bandido rodó por el suelo.

Por mas acostumbrado que estuviera á las emociones del campo de batalla, el coronel se estremeció: después levantando los ojos hacia esta jóven pálida y grave como la estatua de la desesperación:

—¿Y quién eres? le preguntó.

—Ayer su esposa..... Hoy su viuda.

—Entregadle tres mil ducados, dijo el coronel.



Cuatro años después una religiosa del convento de la Santa Cruz en Roma, murió en grande olor de santidad; porqué fuera de su vida ejemplar desde que pronunció sus votos, había traido tres mil ducados de dote que el convento heredaba á su muerte. En cuanto á su vida anterior, se ignoraba del todo quien había sido, sabiéndose únicamente que Sor María había nacido en la Calabria.

Alexandre Dumas.

